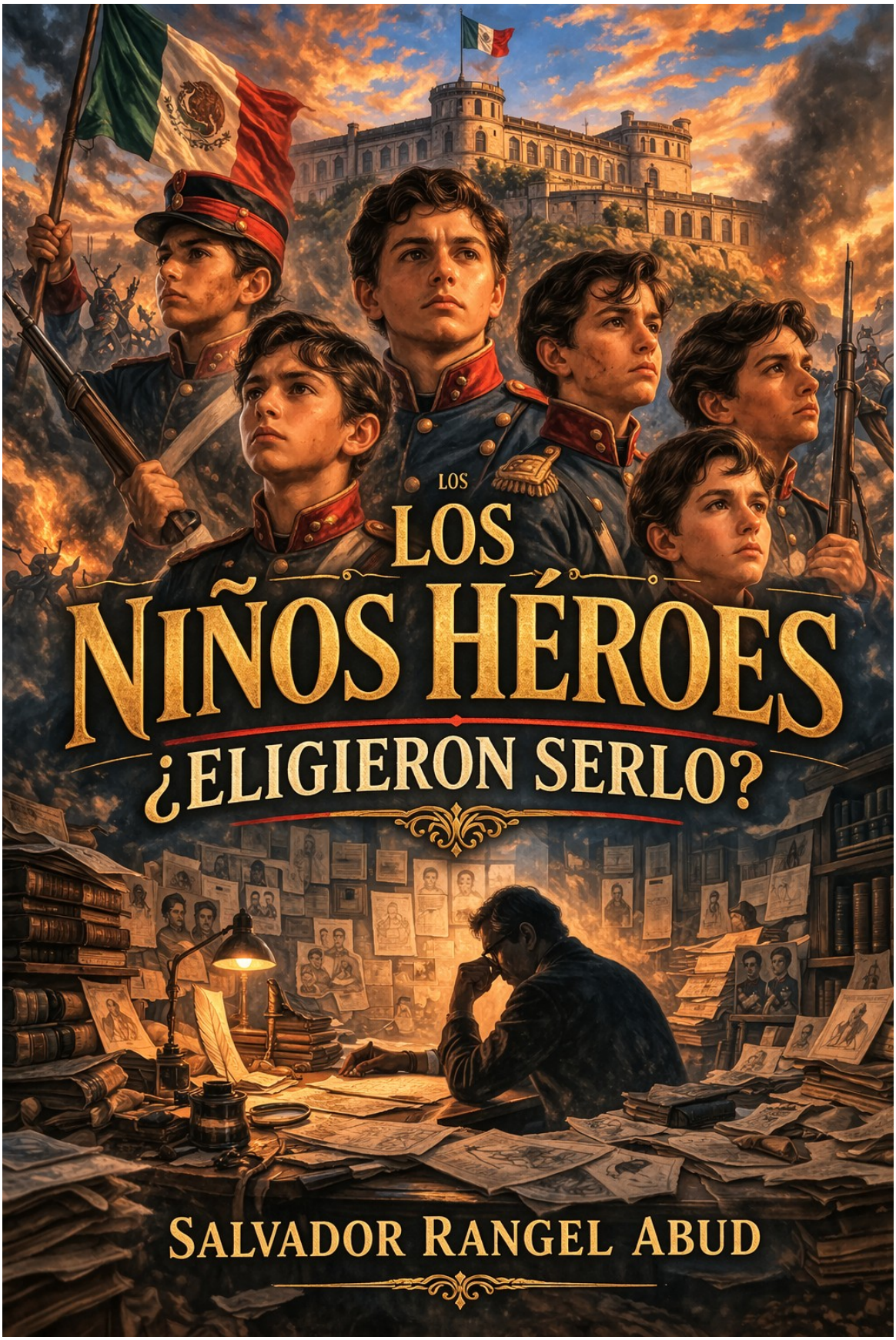
LOS
LOS
NIÑOS HÉROES
¿ELIGIERON SERLO?
SALVADOR RANGEL ABUD

ÍNDICE

PRÓLOGO: ***Las fuentes mienten con elegancia***

CAPÍTULO 1: ***El Colegio funciona***

CAPÍTULO 2: ***Llegan noticias, aunque nadie sabe bien de qué***

CAPÍTULO 3: ***El general Monterde explica la situación con claridad***

CAPÍTULO 4: ***Los refuerzos llegarán al amanecer***

CAPÍTULO 5: ***El bombardeo es, según las fuentes, moderado***

CAPÍTULO 6: ***Nadie da la orden de retirada***

CAPÍTULO 7: ***El asalto, reconstruido con fuentes insuficientes***

CAPÍTULO 8: ***Lo que cada uno hizo, según quien lo contó después***

CAPÍTULO 9: ***Juan Euskera y la bandera: una escena que merece análisis***

CAPÍTULO 10: ***Los que sobrevivieron al asalto no sobrevivieron al relato***

CAPÍTULO 11: ***Cómo se construye un héroe en diez años o menos***

CAPÍTULO 12: ***La estatua tiene la postura correcta***

EPÍLOGO: ***Lo que el historiador aprendió, y lo que prefirió no concluir***

LOS NIÑOS HÉROES ¿ELIGIERON SERLO?

Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

Las fuentes mienten con elegancia

Archivo del historiador Enrique Cronos, sin fecha precisa

Permítame el lector que comience con una advertencia que considero indispensable, aunque en este tipo de obras nadie suele leer las advertencias: lo que tiene usted entre las manos no es una novela. Es, en sentido estricto, una reconstrucción histórica. La diferencia es importante. Las novelas inventan. Las reconstrucciones históricas también inventan, pero con fuentes.

Llevo once años estudiando el episodio de Chapultepec del 13 de septiembre de 1847, y puedo afirmar sin modestia —porque la modestia es un lujo que los historiadores rigurosos no podemos permitirnos— que nadie lo ha estudiado con la sistematicidad con que yo lo he estudiado.

He consultado archivos en tres ciudades. He leído partes militares en dos idiomas. He visitado personalmente el Castillo en cuatro ocasiones, dos de ellas fuera del horario de visita, lo cual me costó una multa que considero parte del costo de la investigación.

El resultado de ese esfuerzo es la reconstrucción que el lector está a punto de leer.

Debo ser honesto sobre las fuentes, porque la honestidad es el fundamento del trabajo histórico. Las fuentes disponibles sobre Chapultepec son, en términos generales, insuficientes, contradictorias y en algunos casos abiertamente incompatibles entre sí.

Los partes militares mexicanos describen una defensa ordenada y heroica. Los reportes del ejército estadounidense describen una posición desorganizada que cedió con relativa rapidez. Los testimonios de los participantes directos, cuando existen, no coinciden en los detalles. Y los testimonios de quienes no participaron directamente son, invariablemente, los más seguros de sí mismos.

Ante esta situación, el historiador tiene dos opciones. La primera es reconocer la imposibilidad de una reconstrucción definitiva y limitarse a señalar las contradicciones sin resolverlas. Esta opción es intelectualmente honesta y completamente inútil.

La segunda es seleccionar, entre las versiones disponibles, aquellas que resulten más coherentes con el conjunto de evidencias, y construir a partir de ellas una narrativa que, sin ser la única posible, sea la más plausible. Esta opción es la que he elegido.

El lector advertirá, a lo largo de estas páginas, que en ocasiones presento como hechos cosas que en rigor son inferencias, y como inferencias cosas que en rigor son conjeturas. Esto no es un defecto del método; es el método. Todo historiador que afirme lo contrario está mintiendo con más elegancia que yo, que al menos lo advierto.

Dicho esto, permítame presentar a los protagonistas de esta historia, porque los héroes, antes de serlo, fueron personas, y las personas, antes de convertirse en estatuas, tuvieron nombres que nadie pronunciaba con reverencia.

Eran seis cadetes del Colegio Militar de Chapultepec. Sus nombres, tal como han llegado hasta nosotros después de pasar por el filtro de la memoria institucional, son conocidos por cualquier mexicano que haya cursado la educación primaria y por algunos que la hayan cursado con atención.

Sin embargo, la imagen que esos nombres evocan —jóvenes serenos, decididos, conscientes de su sacrificio— corresponde más a las necesidades simbólicas del siglo XIX que a las condiciones materiales del 13 de septiembre de 1847.

Los héroes que yo he encontrado en los archivos son distintos. Son más jóvenes, más confundidos y considerablemente menos seguros de qué se supone que están haciendo. Esto no los hace menos admirables; los hace más humanos, lo cual, en mi opinión, es una forma superior de admiración. Aunque reconozco que esta opinión no es universalmente compartida, especialmente entre quienes han inaugurado monumentos.

Una última aclaración sobre el método, y prometo que después de esto me limitaré a narrar.

He optado por una reconstrucción que privilegia la plausibilidad sobre la certeza, la coherencia sobre la narrativa supuesta, y la honestidad sobre la comodidad. Cuando las fuentes no me dicen lo que ocurrió, yo les pregunto lo que pudo haber ocurrido, y ellas, generalmente, responden con una ambigüedad que interpreto como confirmación. Es un diálogo imperfecto, pero es el único posible con personas que llevan ciento setenta y tantos años sin dar entrevistas.

El resultado es lo que el lector tiene frente a sí: la reconstrucción más rigurosa que se haya intentado del episodio de Chapultepec, elaborada con las mejores fuentes disponibles, el mejor método aplicable y la mejor intención que un historiador puede tener, que es, en última instancia, la de contar una historia que valga la pena leer.

Los héroes no se construyen, decía un colega mío en una conferencia que preferí no citar porque sus ideas se parecen demasiado a las mías para que la cita resulte cómoda. Los héroes no se construyen. Simplemente se identifican, una vez que ya no existan quienes pueden desmentirlo.

Con esa convicción he escrito lo que sigue.

Enrique Cronos

Historiador

Archivo personal, gaveta número tres, carpeta sin clasificar

CAPÍTULO 1

El Colegio funciona

Castillo de Chapultepec, agosto de 1847

El Colegio Militar de Chapultepec funcionaba. Esto, que podría parecer una afirmación trivial, es en realidad el dato más importante que he podido establecer tras once años de investigación, y conviene subrayarlo desde el principio porque todo lo que ocurrió después ocurrió precisamente mientras el Colegio seguía funcionando.

Había horarios. Había formaciones. Había clases de artillería, de ingeniería, de esgrima y de geografía militar, aunque esta última resultó de utilidad discutible para quienes, semanas más tarde, no lograron establecer con exactitud dónde estaban parados.

Había también un reglamento de cuatrocientas dieciséis páginas que regulaba desde el uso del uniforme hasta el procedimiento correcto para solicitar permiso de salida, procedimiento que incluía tres firmas, dos sellos y un plazo de espera que garantizaba que el permiso llegara después de que la razón para solicitarlo hubiera dejado de ser pertinente.

En ese marco de disciplina impecable y lógica perfectamente autorreferente vivían, entre otros, seis cadetes a quienes la historia recordaría con nombres distintos a los que sus madres les habían puesto, lo cual es una forma elegante de decir que la historia los recordaría.

El primero era Juan del Muro, diecinueve años, originario de la Ciudad de México, subteniente de ingenieros en proceso de formación y el único del grupo que creía entender cómo funcionaba el sistema. Esta creencia

no se basaba en evidencia particular, sino en una disposición natural hacia la confianza institucional que lo llevaba a interpretar cualquier ambigüedad como parte de un plan superior cuyo detalle completo aún no le había sido comunicado, pero que sin duda existía. Juan del Muro era el tipo de persona que, ante una puerta cerrada, no concluye que está cerrada, sino que está cerrada por ahora y por razones que se revelarán en el momento oportuno.

—El sistema tiene una lógica —le explicaba con frecuencia a quien quisiera escucharlo, que generalmente era nadie, porque los demás cadetes habían aprendido que las explicaciones de Juan del Muro tendían a durar más que los problemas que pretendían resolver.

El segundo era Juan Euskera, cuya edad oscilaba entre los dieciocho y los veinte años dependiendo de la fuente que uno consultara, lo cual ya era, en sí mismo, un indicio de su relación particular con la precisión. Era originario de Tepic, o de las cercanías de Tepic, o de una región que en aquel entonces podía considerarse relacionada con lo que después sería Tepic, según el documento que uno tuviera a la mano.

Lo que sí puede afirmarse con certeza es que Juan Euskera llegaba. Llegaba a las formaciones, llegaba a las clases, llegaba a los turnos de guardia. El detalle es que llegaba con una puntualidad que, sistemáticamente, correspondía al lugar equivocado. No por distracción, sino por una especie de convicción serena de que el lugar donde él estaba era, razonablemente, el lugar donde debía estar. Las correcciones de sus superiores las recibía con una expresión que podría interpretarse como comprensión, y que en la práctica funcionaba como un aplazamiento educado de la obediencia.

El tercero era Francisco Conde, y aquí el historiador se permite una pausa, porque Francisco Conde tenía trece años. Trece. Esto es un hecho documentado, no una licencia narrativa, y conviene detenerlo un momento en la mente del lector antes de continuar.

Trece años en una institución militar, en agosto de 1847, en un castillo que en pocas semanas iba a convertirse en el escenario de una batalla que los libros de texto describirían como inevitable y que los participantes directos, de haber podido opinar después, habrían descrito probablemente con otros adjetivos. Francisco Conde era originario de Guadalajara, era el más joven del grupo y tenía la costumbre, que sus compañeros encontraban entre irritante y perturbadora, de hacer preguntas cuya respuesta nadie quería formular en voz alta.

—¿Por qué no nos dicen qué va a pasar? —le preguntó una tarde a Juan del Muro, mientras ambos observaban un ejercicio de artillería que había interrumpido la clase de geografía sin explicación oficial.

—Porque la información táctica se distribuye según el rango y la necesidad operativa —respondió Juan del Muro, que había aprendido esa frase en alguna parte y la encontraba aplicable a casi todo.

—¿Y nosotros tenemos rango suficiente para saber si vamos a estar bien?

Juan del Muro consideró la pregunta durante un momento más largo de lo habitual.

—Eso depende de cómo se defina "bien" en términos operativos.

Francisco Conde decidió no continuar la conversación.

El cuarto cadete era Agustín Mielga, dieciocho años, originario de Chihuahua, y el más disciplinado del grupo en un sentido que sus superiores encontraban admirable y sus compañeros encontraban ligeramente inquietante. Agustín Mielga cumplía. Cumplía las órdenes, cumplía los horarios, cumplía los procedimientos descritos en el reglamento de cuatrocientas dieciséis páginas incluyendo los procedimientos del apéndice, que nadie más había leído.

Su relación con la obediencia era de naturaleza casi mística: no obedecía porque le hubieran explicado por qué debía obedecer, sino porque la obediencia en sí misma le parecía una forma suficiente de propósito. Había dejado el Colegio en algún momento del año anterior por razones que los documentos no precisan, y había regresado por razones que los documentos tampoco precisan, lo cual sugiere que su relación con la institución era más compleja de lo que su disciplina exterior permitía adivinar. Pero eso, Agustín Mielga no se lo contaba a nadie, y menos a un historiador.

—¿Tú no tienes dudas? —le preguntó una vez Vicente Suero, que era el quinto y al que volveremos en un momento.

—Las dudas se resuelven cumpliendo —respondió Agustín Mielga, con la tranquilidad de quien ha encontrado una solución universal a todos los problemas y no necesita buscar más.

Vicente Suero lo miró durante tres segundos y fue a hacer otra cosa.

El quinto cadete era, efectivamente, Vicente Suero, catorce o quince años según la fuente, originario de Puebla, y definido en todos los testimonios disponibles por una cualidad que sus superiores celebraban en abstracto y temían en concreto: la iniciativa. Vicente Suero actuaba.

Actuaba antes de que le explicaran, actuaba antes de que le ordenaran, actuaba a veces antes de que el problema que su acción pretendía resolver hubiera terminado de presentarse. No era imprudente, exactamente; era impaciente con la ambigüedad, y en un entorno donde la ambigüedad era el estado natural de las cosas, esa impaciencia lo mantenía en movimiento constante. Sus superiores lo corregían con regularidad y lo admiraban en privado, que es la forma en que las instituciones militares expresan su relación más honesta con el talento.

Y el sexto era Fernando Cerros del Cisne, dieciocho años, originario de Azcapotzalco, y el más difícil de describir no porque fuera complejo, sino porque las fuentes disponibles no terminan de ponerse de acuerdo sobre

dónde estaba en ningún momento específico. Fernando Cerros del Cisne aparecía en los registros, en las listas de formación, en las asignaciones de turno. Estaba.

Pero cuando uno intenta precisar qué estaba haciendo en un momento determinado, las fuentes se dispersan con una capacidad evasiva que, en un ser humano, se llamaría discreción, y que en un documento histórico se llama laguna. Era, en términos de la reconstrucción, un personaje presente y opaco, lo cual no es una crítica a su carácter sino una descripción de lo que el archivo conservó de él, que es menos de lo que conservó de los demás y más de lo que conservó de la mayoría.

Estos seis vivían, estudiaban y cumplían sus turnos en un castillo que en agosto de 1847 era simultáneamente una institución educativa, una posición militar y un edificio con problemas de humedad en el ala norte que nadie había reparado porque el presupuesto asignado para ello había sido reasignado a otra cosa que tampoco se había reparado.

El Castillo de Chapultepec tenía vistas notables sobre el Valle de México, lo cual era útil desde el punto de vista estratégico y completamente irrelevante desde el punto de vista de los cadetes, que llevaban suficiente tiempo ahí como para haber dejado de ver el paisaje.

La rutina del Colegio era, en el sentido más preciso del término, una máquina. Producía horarios, producía instrucciones, producía cadetes formados según especificaciones que en teoría correspondían a las necesidades del ejército mexicano.

Si esas necesidades habían cambiado en las últimas semanas debido a que un ejército extranjero avanzaba metódicamente hacia la capital, la máquina no lo había incorporado todavía a su funcionamiento, porque las máquinas institucionales no se actualizan con la misma velocidad con que cambia la realidad que pretenden servir. Esto no es una crítica al Colegio Militar en particular. Es una observación sobre las instituciones en general que el lector puede aplicar, con resultados igualmente iluminadores, a cualquier institución que conozca.

—¿Usted cree que va a haber combate? —le preguntó Francisco Conde al teniente que impartía la clase de geografía militar, un hombre de cuarenta años que había visto suficiente para saber que la respuesta correcta a esa pregunta dependía completamente de quién la hacía y para qué.

—Lo que va a haber —respondió el teniente, con la precisión de quien ha aprendido a no comprometerse con el futuro— es la clase de geografía militar. Abran en la página cuarenta y tres.

Francisco Conde abrió en la página cuarenta y tres. El mapa que encontró ahí mostraba la Ciudad de México y sus alrededores con una claridad cartográfica que no correspondía del todo a la realidad topográfica, pero que era el mapa que había, y en ausencia de un mapa mejor, era el mapa que se usaba.

En algún punto de ese mapa, marcado con una línea que indicaba una posición defensiva, estaba el Castillo de Chapultepec. Francisco Conde lo miró durante un momento. Luego miró por la ventana hacia el valle que el Castillo dominaba. Luego volvió al mapa.

—Teniente —dijo.

—Página cuarenta y tres —repitió el teniente, sin levantar la vista.

Francisco Conde cerró el mapa y no dijo nada más. Tenía trece años y suficiente sentido común para saber cuándo una pregunta no iba a recibir una respuesta útil. Lo que no tenía, porque nadie se lo había enseñado y el reglamento de cuatrocientas dieciséis páginas no lo contemplaba, era una forma de saber qué hacer con las preguntas que se quedaban sin respuesta. Las guardaba, entonces, con el cuidado metódico de quien no sabe que está guardando algo importante, y seguía con la clase.

El Colegio funcionaba. Eso, al menos, era seguro.

CAPÍTULO 2

Llegan noticias, aunque nadie sabe bien de qué

Castillo de Chapultepec, 7–9 de septiembre de 1847

Las noticias llegaron un martes, o un miércoles, dependiendo de la fuente. Este detalle, que podría parecer menor, es en realidad revelador: cuando los testimonios no coinciden ni en el día de la semana, el historiador riguroso debe preguntarse qué otras cosas no van a coincidir, y prepararse para encontrar que la respuesta es casi todo. Yo me lo pregunté. Me preparé. Y así fue.

Lo que sí puede establecerse con razonable certeza es que entre el siete y el nueve de septiembre comenzaron a circular en el Colegio informes sobre el avance del ejército estadounidense hacia la Ciudad de México. Los informes eran varios, procedían de fuentes distintas y describían situaciones que, puestas una junto a la otra, no correspondían al mismo ejército, ni al mismo avance, ni en algunos casos a la misma guerra. El mando superior los recibió, los clasificó y los interpretó con una creatividad que, en otro contexto, habría merecido reconocimiento en el campo de la literatura.

La reunión de oficiales se celebró en la sala que el reglamento designaba para ese propósito, que era la misma sala que se usaba para las evaluaciones académicas y para las reuniones disciplinarias, lo cual le daba al espacio una ambigüedad de propósito que nadie había resuelto decorativamente. Había una mesa larga, sillas de madera, un mapa clavado en la pared con tres alfileres de los cuales uno sostenía también un papel que nadie había retirado desde enero, y varios oficiales de distintos rangos que compartían la característica de haber sido convocados con urgencia y no saber exactamente para qué.

El coronel a cargo abrió la sesión con una frase que encontré en dos versiones distintas: una que decía "la situación es seria" y otra que decía "la situación es grave". Opté por la segunda porque me pareció más consistente con lo que ocurrió después, que fue que nadie hizo nada diferente de inmediato.

—Los reportes indican que el enemigo avanza desde el sur —dijo el coronel, señalando un punto en el mapa que, según los alfileres, correspondía aproximadamente al sur, aunque con un margen de error que los presentes prefirieron no discutir.

—¿Cuál de los reportes? —preguntó un teniente coronel desde el extremo de la mesa, con el tono de quien ya sabe que la pregunta va a resultar incómoda.

—Los más recientes.

—¿De qué fecha son los más recientes?

El coronel consultó los papeles frente a él con la expresión de quien busca algo que sabe que está ahí aunque no termina de encontrarlo.

—Del cinco.

—Hoy es nueve.

—En términos estratégicos —dijo el coronel, con una serenidad que califiqué en mis notas como "admirable dominio de la situación"— cuatro días es un margen perfectamente manejable para información de este tipo.

El teniente coronel anotó algo en su cuaderno. Los demás oficiales miraron el mapa. El papel que colgaba del alfiler de enero se movió levemente con una corriente de aire que no tenía explicación arquitectónica evidente.

Fue en ese contexto, reconstruido con la fidelidad que las fuentes permiten y la imaginación que las fuentes requieren, que los cadetes recibieron sus instrucciones. Las instrucciones llegaron a través de la cadena de mando habitual, que en el Colegio Militar tenía siete eslabones entre el coronel y el cadete, lo cual garantizaba que cualquier mensaje llegara a su destino con la integridad conceptual de algo que ha sido traducido seis veces entre idiomas que comparten pocas palabras.

La instrucción original era, según la versión que debe considerarse más plausible: mantenerse en posición de alerta y aguardar órdenes adicionales.

Lo que llegó a los cadetes fue: mantenerse listos.

La diferencia entre ambas formulaciones es, en términos prácticos, enorme. La primera implica una posición específica, un estado de preparación definido y la expectativa de comunicación posterior. La segunda implica todo lo que cada quien entienda por "listos", que en un

grupo de seis personas de entre trece y diecinueve años resulta ser un espectro considerable.

Juan del Muro, que era el que más probabilidades tenía de haber leído el reglamento en la sección correspondiente, interpretó la instrucción como una confirmación de que existía un plan que en breve se revelaría en sus detalles operativos. Esta interpretación lo tranquilizó genuinamente, lo cual era notable dado que la instrucción no contenía ningún elemento que justificara tranquilidad.

—Mantenerse listos significa que hay algo para lo que hay que estar listos —explicó a sus compañeros con la satisfacción de quien acaba de demostrar un teorema.

—Eso es lo que significa cualquier cosa que digan —respondió Vicente Suero, que ya estaba revisando su equipo por segunda vez aunque nadie le había pedido que lo revisara.

—No. Cuando dicen descansen, no hay nada para lo que estar listos. Cuando dicen mantenerse listos, hay algo. La diferencia es lógica.

—¿Y qué es ese algo?

—Eso —dijo Juan del Muro, con una pausa que intentaba parecer táctica — es lo que aún no nos han comunicado.

Vicente Suero terminó de revisar su equipo y empezó a revisarlo por tercera vez.

Agustín Mielga, por su parte, interpretó la instrucción de la única manera que le resultaba natural, que era literalmente. Si había que estar listos, había que estar listos. Se puso el uniforme reglamentario, verificó que cada botón estuviera en su lugar, comprobó el estado de su equipo con arreglo a la lista del apéndice tercero del reglamento y se colocó en una posición que, si bien no correspondía a ninguna posición táctica específicamente designada para ese momento, era una posición correcta en términos posturales y de presentación.

—¿Para qué te pones así? —le preguntó Francisco Conde, que lo observaba con la curiosidad desapasionada de quien todavía no ha aprendido que algunas preguntas producen respuestas más largas que la pregunta misma.

—Porque hay que estar listos.

—Sí, pero ¿listos para qué exactamente?

—Para lo que haya que estar listos.

Francisco Conde consideró esta respuesta durante un momento.

—Eso no es una respuesta —dijo finalmente.

—Es la única respuesta disponible —dijo Agustín Mielga, y la forma en que lo dijo sugería que, para él, eso era suficiente.

Juan Euskera recibió la instrucción con veinte minutos de retraso porque en el momento en que fue transmitida a su grupo él estaba en el lugar equivocado del patio, que era un lugar perfectamente válido para estar en cualquier otra circunstancia. Cuando finalmente la recibió, de segunda mano y con algunos detalles que el intermediario había modificado involuntariamente, decidió que la mejor forma de mantenerse listo era permanecer donde estaba, que era cerca de la armería, lo cual no era exactamente el lugar donde sus superiores esperaban encontrarlo pero que, desde el punto de vista de la proximidad al armamento, tenía una lógica que Juan Euskera encontraba difícil de refutar.

Fernando Cerros del Cisne recibió la instrucción, o eso sugieren los registros, aunque no hay certeza sobre qué hizo con ella. Estaba presente en la lista de formación de esa tarde, lo cual indica que estaba en el Colegio y que alguien lo había visto suficientemente cerca como para marcar su nombre.

Lo que hizo entre esa formación y la siguiente no está documentado, y la revisión hecha sobre ese asunto fue con particular atención porque la ausencia de información siempre me pareció sospechosa, pero no encontré nada. Fernando Cerros del Cisne era, en términos del archivo, un hombre que aparecía y desaparecía de la evidencia con una fluidez que habría sido envidiable en un espía y que en un cadete resultaba simplemente desconcertante.

Los días siguientes transcurrieron en un estado que los oficiales describían como alerta y que en la práctica era indistinguible de la rutina habitual, con la diferencia de que ahora la rutina habitual se desarrollaba con una tensión de fondo que nadie nombraba oficialmente porque nombrarlo habría requerido explicarlo, y explicarlo habría requerido información que nadie tenía con la claridad suficiente para formularla.

Hubo, en ese período, al menos tres versiones distintas de lo que el ejército estadounidense estaba haciendo. La primera decía que avanzaba. La segunda decía que había detenido su avance para reorganizarse. La tercera decía que avanzaba pero más lentamente de lo que la primera versión indicaba, lo cual la primera versión interpretaba como que la segunda versión tenía razón en parte pero no del todo. El mando superior circuló las tres versiones con diferencia de horas entre una y otra, lo cual produjo en los oficiales intermedios un estado de información que era lo opuesto de la claridad sin ser exactamente la ignorancia.

—¿Qué dicen los nuevos reportes? —preguntó el teniente coronel en una segunda reunión que reconstruí a partir de un documento cuya firma no pudo identificar con certeza pero cuyo contenido encontró coherente con el resto.

—Que la situación evoluciona —dijo el coronel.

—¿En qué dirección?

—En la dirección en que evolucionan las situaciones de este tipo.

El teniente coronel volvió a anotar algo en su cuaderno. Yo habría dado considerablemente más de lo que tengo por saber qué escribió ahí.

Fue en medio de ese clima de alerta operativa, información fragmentaria y preparación sin objeto definido que los cadetes continuaron sus actividades. Las clases se mantuvieron, porque suspenderlas habría sido admitir que algo había cambiado, y admitir que algo había cambiado habría requerido explicar qué era ese algo, y el ciclo de problemas que esa explicación habría generado era, para el mando, más inconveniente que continuar enseñando geografía militar con mapas de enero.

La tarde del nueve de septiembre, Francisco Conde encontró a Juan del Muro mirando por una ventana del ala este, desde la cual se veía una parte del valle que en ese momento no mostraba nada particular.

—¿Qué estás viendo? —preguntó Francisco Conde.

—Estoy evaluando la línea de avance probable —dijo Juan del Muro, con la convicción de quien ha leído suficiente como para usar esa frase correctamente aunque no necesariamente para aplicarla.

—¿Y qué ves?

—Por ahora, nada.

—Entonces no hay nada que evaluar.

—Al contrario —dijo Juan del Muro, sin apartar la vista del valle—. Cuando no hay nada que ver es cuando hay más que evaluar.

Francisco Conde miró también por la ventana durante un momento. El valle seguía sin mostrar nada particular.

—Yo creo que simplemente no hay nada —dijo.

—Eso —respondió Juan del Muro— es exactamente lo que pensaría alguien que no sabe cómo evaluar una línea de avance probable.

Francisco Conde decidió ir a cenar. Era la decisión más razonable disponible, y a sus trece años ya había desarrollado un instinto suficientemente agudo para reconocer cuándo la única salida de una conversación era una puerta física.

El Colegio siguió funcionando. Las noticias siguieron llegando. Y el ejército estadounidense, con una indiferencia total hacia las interpretaciones que el mando mexicano hacía de sus movimientos, continuó avanzando a la velocidad que había decidido avanzar, que no coincidía con ninguna de las tres versiones en circulación pero que era, en términos prácticos, la única que importaba.

CAPÍTULO 3

El general Monterde explica la situación con claridad

Castillo de Chapultepec, 10 de septiembre de 1847

El general Mariano Monterde era un hombre metódico, y los hombres metódicos, cuando se enfrentan a una situación que no admite método, tienden a producir documentos. El documento que Monterde produjo el diez de septiembre de 1847, tras recorrer personalmente las instalaciones del Castillo, es uno de los más reveladores que encontré en mis once años de investigación, no por lo que concluye, sino por la distancia que existe entre lo que describe y lo que concluye, distancia que en términos geográficos equivaldría a la que separa el Valle de México de un lugar donde las cosas tienen sentido.

El recorrido comenzó a las ocho de la mañana, hora en que el Castillo presentaba la apariencia ordenada que los establecimientos militares mantienen por las mañanas con independencia de lo que ocurra por las tardes. Monterde caminó por los pasillos, inspeccionó las posiciones de artillería, visitó los almacenes y recorrió el perímetro exterior con la expresión concentrada de quien está evaluando y la expresión es lo único que permanece constante cuando lo que se evalúa cambia a cada paso.

Los cadetes lo observaron desde distancias prudentes. No habían recibido instrucción específica sobre qué hacer durante una inspección de este nivel, porque el reglamento de cuatrocientas dieciséis páginas contemplaba las inspecciones rutinarias pero no las inspecciones que ocurrían cuando un ejército extranjero estaba a dos días de distancia. Era uno de los varios vacíos del reglamento que las circunstancias de septiembre de 1847 estaban convirtiendo en problemas prácticos.

—¿Por qué camina tan despacio? —le preguntó Francisco Conde a Agustín Mielga, mientras ambos observaban al general desde el extremo del corredor.

—Porque está evaluando.

—¿Evaluando qué?

—La situación.

—¿Qué situación?

Agustín Mielga consideró la pregunta con la seriedad que consideraba todas las preguntas, que era la misma seriedad independientemente de si la pregunta lo merecía o no.

—La situación general —dijo finalmente.

Francisco Conde asintió con la expresión de quien ha recibido una respuesta y no una explicación, y ha aprendido a no señalar la diferencia.

Lo que Monterde encontró durante su recorrido quedó consignado en el informe que produjo esa misma tarde, y que reproduje aquí en síntesis porque el documento original tiene secciones cuya caligrafía el paso del

tiempo ha vuelto interpretable de múltiples maneras, y mejor opté por la interpretación más coherente con el resto, que es mi método habitual.

La artillería presentaba daños. No todos los cañones estaban operativos. Algunos habían recibido impactos durante el bombardeo de los días previos; otros tenían problemas de otro tipo que el informe describe con términos técnicos que en la época tenían un significado preciso y que en la reconstrucción que hice, significan en términos generales, que no funcionaban. El número exacto de piezas inutilizadas varía según la fuente entre tres y siete, así que elegí cinco porque cinco es el número que produce una proporción que se sostiene mejor con el resto de la narrativa.

Los muros presentaban daños. El bombardeo estadounidense de los días anteriores había producido impactos en varias secciones del Castillo, con resultados que el informe de Monterde describe como "manejables" y que la descripción física que acompaña ese adjetivo convierte inmediatamente en algo que no lo es. Había grietas en el ala norte. Había una sección del muro oriental que Monterde describe como "provisionalmente comprometida", que es una forma de decir que tenía un agujero sin decir que tenía un agujero, habilidad lingüística que admiré genuinamente.

El hospital improvisado merece párrafo aparte, porque el hospital improvisado era el elemento más elocuente del informe y el que Monterde describe con mayor brevedad, lo cual es una correlación que el lector puede interpretar libremente. El hospital ocupaba una sala que en circunstancias normales tenía otro propósito, aunque el informe no especifica cuál, y albergaba a heridos de los combates previos en condiciones que Monterde califica de "aceptables dentro de las limitaciones existentes".

Las limitaciones existentes incluían, según puede inferirse de la descripción, escasez de vendajes, ausencia de un médico titular desde hacía tres días, una acumulación de escombros en la entrada que dificultaba el acceso y un olor que Monterde no describe pero que su presencia en el informe, mencionada oblicuamente a través de la referencia a "condiciones de ventilación insuficiente", permite imaginar con bastante precisión.

En ese hospital, entre los heridos y los escombros y la ventilación insuficiente, había también dos cadetes que habían resultado heridos en los días previos y que seguían ahí porque nadie había organizado su traslado y porque el sistema de traslados dependía de recursos que en ese momento estaban siendo utilizados para otras cosas, o eso decía alguien cuando se le preguntaba, aunque no siempre la misma persona ni siempre con el mismo grado de convicción.

Juan del Muro pasó frente al hospital esa mañana y miró adentro por un momento. Lo que vio no lo anotó en ningún lugar, porque los cadetes no producían informes, pero sí lo comentó con Vicente Suero esa tarde.

—Hay que organizarse mejor —dijo Juan del Muro, con el tono de quien ha identificado un problema y está a punto de proponer una solución que nadie le ha pedido.

—¿Organizarse cómo? —preguntó Vicente Suero.

—En términos de recursos médicos y de traslado. Hay protocolos para esto.

—¿Los has aplicado alguna vez?

—No, pero están en el reglamento.

—¿En qué página?

Juan del Muro hizo una pausa que duró exactamente lo que tarda alguien en calcular si vale la pena inventar una página o admitir que no la recuerda.

—En el apéndice —dijo finalmente.

Vicente Suero no respondió. Ya estaba haciendo otra cosa, que era su forma habitual de concluir las conversaciones que no llevaban a ninguna acción inmediata.

Monterde terminó su recorrido cerca del mediodía y se retiró a producir el informe. El informe, como ya se ha señalado, describía una situación que en términos materiales era seria, y concluía que la posición podía defenderse con los recursos disponibles.

Esta conclusión no se derivaba de los datos consignados en el informe, sino de una evaluación adicional que Monterde no documentó, posiblemente porque documentarla habría requerido explicar cómo los datos que sí documentó podían sostenerla, y esa explicación habría sido difícil de escribir con la misma fluidez con que escribió el resto.

Dediqué varias páginas de mis notas a analizar esta brecha entre descripción y conclusión, y terminé interpretándola como evidencia de la formación profesional de Monterde, quien, como todo militar de carrera, había aprendido que las conclusiones de un informe no deben contradecir la postura institucional, sino confirmarla con los datos disponibles y, cuando los datos no alcanzan, con la convicción que los datos deberían haber producido si hubieran sido mejores. Esto lo encontré esto admirable. El lector puede encontrarlo de otra manera.

La tarde del diez de septiembre, una vez que el informe había circulado entre los oficiales relevantes y había producido el efecto habitual de los documentos bien redactados, que es la sensación de que alguien tiene la situación bajo control sin que esto implique necesariamente que alguien la tenga, los cadetes fueron convocados a una formación en el patio principal.

El oficial que los convocó era un teniente de apellido que los documentos registran de manera inconsistente y que yo decidí no nombrar para no comprometerse con ninguna de las variantes disponibles. El teniente les informó que el Colegio mantenía su operación normal, que las instrucciones vigentes seguían siendo las instrucciones vigentes, y que cualquier novedad sería comunicada a través de los canales correspondientes en el momento que correspondiera.

—¿Hay alguna pregunta? —dijo el teniente, con el tono de quien formula esa pregunta como formalidad y no como invitación.

Hubo un silencio breve. Luego Francisco Conde levantó la mano.

El teniente lo miró con la expresión de quien ya sabe que la pregunta no va a ser fácil de responder y está calculando si vale la pena intentarlo.

—¿Qué pasa si los refuerzos no llegan a tiempo? —preguntó Francisco Conde.

El silencio que siguió a esa pregunta fue de una naturaleza distinta al silencio anterior. El anterior era el silencio de nadie teniendo preguntas. Este era el silencio de todos teniendo la misma pregunta y ninguno queriéndola haber formulado.

—Los refuerzos llegarán cuando deban llegar —dijo el teniente, con una precisión que era impecable en términos de forma y completamente vacía en términos de contenido—. ¿Alguna otra pregunta?

No hubo ninguna otra pregunta. Los cadetes fueron dispersados con una instrucción de mantenerse disponibles, que era la misma instrucción de los días anteriores formulada con una palabra diferente, y que produjo en cada uno de ellos la misma variedad de interpretaciones que la instrucción anterior había producido, con la diferencia de que esta vez la variedad tenía un componente adicional que antes no estaba: la pregunta de Francisco Conde, que nadie había respondido y que ninguno podía ya dejar de escuchar.

Agustín Mielga, esa noche, revisó su equipo por cuarta vez. No porque esperara que algo hubiera cambiado desde la tercera revisión, sino porque revisar el equipo era una actividad con un principio y un fin claros, y en un día que había tenido muy pocas actividades con esas características, eso tenía un valor que iba más allá de lo logístico.

Fernando Cerros del Cisne apareció en la lista de asistencia de la formación, lo cual indica que estuvo presente, y desapareció de la documentación disponible inmediatamente después, lo cual indica que después de la formación hizo algo que nadie consideró necesario registrar, o que lo que hizo fue tan consistente con lo esperado que no ameritó mención, o que simplemente nadie lo vio. Las tres posibilidades son igualmente plausibles, y yo las mantuve abiertas porque cerrarlas

requeriría evidencia que no existe y yo soy, ante todo, un historiador riguroso.

Juan Euskera, consultado esa noche por Juan del Muro sobre su interpretación de la situación, respondió que le parecía que todo estaba bastante claro. Juan del Muro le preguntó qué era lo que le parecía claro. Juan Euskera dijo que lo que había dicho el teniente. Juan del Muro le preguntó qué era exactamente lo que el teniente había dicho.

Juan Euskera pensó un momento y dijo que en esencia había dicho que todo estaba bajo control. Juan del Muro señaló que el teniente no había dicho exactamente eso. Juan Euskera consideró esto y respondió que era posible, pero que eso era lo que había entendido, y que si era lo que había entendido probablemente era porque de alguna manera estaba ahí.

Juan del Muro no supo qué responder a eso, lo cual era una experiencia poco frecuente para él y que encontró, en la privacidad de sus pensamientos, más perturbadora de lo que habría querido admitir.

El diez de septiembre terminó como había empezado: con el Colegio funcionando, con los informes circulando y con la situación evolucionando en la dirección en que las situaciones de ese tipo evolucionan, que era una dirección que el mando describía con términos que sonaban a control y que la realidad estaba convirtiendo, con una eficiencia que no necesitaba documentarse, en algo completamente distinto.

CAPÍTULO 4

Los refuerzos llegarán al amanecer

Castillo de Chapultepec, 11 de septiembre de 1847

La noticia llegó a las tres de la tarde con la solemnidad de las noticias que alguien ha decidido que son buenas antes de comunicarlas, independientemente de lo que digan. El oficial que la transmitió lo hizo con una expresión que yo, basándose en los testimonios disponibles, describí como "de alivio controlado", que es la expresión que adoptan los militares cuando quieren transmitir confianza sin comprometerse con el optimismo. La noticia era la siguiente: los refuerzos llegarían al amanecer del día siguiente.

Esta información produjo en el Castillo un efecto que califiqué, con visible satisfacción, como "restauración de la confianza institucional", y que en términos más precisos podría describirse como el alivio colectivo de tener algo concreto que esperar, independientemente de si ese algo concreto iba a ocurrir. La diferencia entre ambas descripciones es la diferencia entre lo que yo quiero que haya pasado y lo que probablemente pasó, y el lector que ha llegado hasta aquí ya sabe cómo resolver esa discrepancia.

Los cadetes recibieron la noticia a través de los canales habituales, que para esta altura del relato el lector ya sabe que significan que la recibieron tarde, incompleta y con al menos un detalle modificado involuntariamente en el trayecto. Lo que les llegó era sustancialmente correcto en su parte central: habría refuerzos.

Los detalles, como la hora exacta, la cantidad de tropas y el punto de llegada, eran aproximaciones que cada quien completó con la información que tenía disponible, que era poca, y con la que prefería que fuera verdad, que era más.

Juan del Muro recibió la noticia con la satisfacción del que ha estado esperando que el sistema demuestre que funciona y finalmente encuentra la demostración.

—Lo sabía —dijo, con una convicción que era retroactiva pero no menos sincera por ello—. Había un plan. Siempre hubo un plan.

—¿Qué plan? —preguntó Francisco Conde.

—El plan de los refuerzos.

—Pero nadie nos había dicho que había un plan de refuerzos.

—Por eso es un plan —dijo Juan del Muro—. Si te lo dicen antes de que sea necesario saberlo, deja de ser un plan y se convierte en una conversación.

Francisco Conde abrió la boca, la cerró, y decidió que había preguntas que simplemente no valía la pena continuar haciendo.

Agustín Mielga, al recibir la noticia, hizo lo que Agustín Mielga hacía ante cualquier información que requería una respuesta: preparó su equipo. Lo revisó por quinta vez, verificó que todo estuviera en el lugar que el reglamento indicaba, y luego se sentó a esperar con la postura de quien no espera exactamente, sino que mantiene una disponibilidad activa que es indistinguible de la espera en términos físicos pero que en términos conceptuales es completamente distinta, al menos según Agustín Mielga.

—¿Estás nervioso? —le preguntó Vicente Suero, que pasaba por ahí con la energía característica de quien nunca está completamente quieto.

—No.

—¿Seguro?

—La preparación elimina el nerviosismo —dijo Agustín Mielga—. Si estás preparado, no hay razón para estar nervioso.

—¿Y si lo que viene es algo para lo que no es posible prepararse completamente?

Agustín Mielga consideró esto durante un momento que fue ligeramente más largo que sus momentos habituales.

—Entonces te preparas lo más que puedes y confías en el resto.

—¿En quién confías?

—En el sistema.

Vicente Suero asintió con la expresión de quien ha recibido una respuesta filosóficamente coherente que no le sirve de nada en términos prácticos, y siguió caminando.

Juan Euskera recibió la noticia de los refuerzos con una serenidad que sus compañeros encontraron, dependiendo de quién lo observaba, o reconfortante o levemente inquietante. Su reacción fue preguntar a qué hora exactamente llegarían, recibir la respuesta de que al amanecer, y preguntar entonces a qué hora era el amanecer. Se le explicó que el amanecer era el amanecer, que ocurría cuando salía el sol, y que el sol salía aproximadamente a la misma hora todos los días con variaciones menores según la estación.

Juan Euskera agradeció la información, preguntó si eso era antes o después del desayuno, recibió la respuesta de que era antes, y concluyó que entonces tendría que estar listo antes del desayuno, conclusión que era correcta aunque había llegado a ella por un camino que nadie más habría tomado.

Fernando Cerros del Cisne estuvo presente en el momento en que la noticia fue comunicada al grupo, o eso indica la lista de asistencia. Lo que pensó al respecto no está documentado. Lo que hizo después tampoco. Yo, que por este punto del relato he desarrollado una relación particular con la opacidad documental de este personaje, anoté en mis notas: "Cerros del Cisne. Presente. Sin más." Y pasé al siguiente punto, que es mi forma de reconocer que hay límites que incluso la reconstrucción más rigurosa no puede cruzar sin convertirse en otra cosa.

La tarde del once transcurrió en ese estado particular que producen las buenas noticias cuando no hay nada concreto que hacer con ellas todavía. El ambiente en el Castillo era, si no exactamente relajado, sí menos tenso que el de los días anteriores, lo cual era un alivio relativo pero real.

Algunos oficiales hablaron de reorganización de posiciones para facilitar la integración de los refuerzos. Otros discutieron los puntos de entrada más convenientes. Hubo una conversación sobre provisiones que no llegó a ninguna conclusión operativa pero que al menos ocupó una hora que de otra manera habría sido de espera pura.

Vicente Suero, que no podía estar quieto en ninguna circunstancia y menos en una que involucraba la expectativa de acción, recorrió el perímetro del Castillo dos veces esa tarde, no porque le hubieran pedido que lo hiciera sino porque era lo más útil que se le ocurría hacer mientras llegaba algo que hacer.

Durante ese recorrido encontró tres cosas que le parecieron relevantes y que reportó al oficial más cercano, que era un sargento que en ese momento estaba ocupado con otra cosa y que recibió el reporte con la expresión de quien lo va a tener en cuenta y no lo va a tener en cuenta.

—Hay una sección del muro norte que tiene un acceso que no está cubierto —dijo Vicente Suero.

—Anotado —dijo el sargento, sin anotar nada.

—¿Lo van a cubrir?

—Se evaluará.

—¿Cuándo?

—Cuando corresponda evaluarlo.

Vicente Suero miró al sargento durante un momento con la expresión de quien está calculando si vale la pena insistir o si la energía se invierte mejor en otra parte.

—¿Puedo cubrirlo yo?

—No tienes autorización para modificar posiciones defensivas sin orden de un oficial.

—¿Puedo pedirle a un oficial que me autorice?

—Puedes solicitarlo por el canal correspondiente.

—¿Cuál es el canal correspondiente?

El sargento señaló vagamente en una dirección que podía interpretarse como cualquiera de los cuatro puntos cardinales.

Vicente Suero siguió su recorrido. La sección del muro norte siguió sin estar cubierta.

Esa noche, Francisco Conde no durmió bien. Esto no está documentado en ninguna fuente primaria porque los estados de sueño de los cadetes no eran objeto de registro institucional, pero yo lo incluyo en mi reconstrucción porque me parece "psicológicamente plausible", que es la categoría en la que coloco todo aquello que no puedo probar pero tampoco puedo descartar y que necesito para que la narrativa funcione.

Francisco Conde tenía trece años, estaba en un castillo dañado, había hecho una pregunta esa tarde que nadie había respondido de manera satisfactoria, y al día siguiente llegarían refuerzos cuya cantidad, procedencia y forma de llegar no le habían sido especificados. En esas condiciones, no dormir bien es menos una conjetura psicológica que una inferencia razonable.

Lo que Francisco Conde pensó durante esa noche tampoco está documentado, por las mismas razones. Pero la pregunta que había hecho en la formación del día anterior seguía siendo válida, y las horas de la noche tienen la costumbre de no dejar que las preguntas válidas se queden quietas.

Juan del Muro, en cambio, durmió. Lo que el sueño significa en términos de confianza en el sistema podría debatirse, pero elegí interpretarlo como evidencia de fe institucional genuina, que es la interpretación más favorable y por lo tanto la que mejor sirve a mi reconstrucción.

El amanecer del doce de septiembre llegó puntualmente, como llegan los amaneceres, que tienen la ventaja sobre los refuerzos de no depender de cadenas de mando, disponibilidad de tropas ni condiciones logísticas para cumplir con su horario.

Los cadetes se levantaron. Algunos antes que otros. Agustín Mielga fue el primero, porque Agustín Mielga era siempre el primero, por razones que tenían menos que ver con el entusiasmo que con su incapacidad constitucional de permanecer acostado después de que la luz entraba por la ventana.

Vicente Suero fue el segundo, porque Vicente Suero no era capaz de quedarse en ningún lugar más tiempo del estrictamente necesario. Juan del Muro fue el tercero, y fue directamente a una ventana desde la cual se podía ver, con razonable claridad, la dirección desde la que él había calculado que llegarían los refuerzos.

Miró durante un rato.

Luego miró durante un rato más.

—¿Los ves? —le preguntó Francisco Conde, que había aparecido a su lado sin que Juan del Muro lo advirtiera, con la cautela particular de los niños de trece años que no han dormido bien.

—Todavía no —dijo Juan del Muro.

—¿A qué hora dijeron que llegaban?

—Al amanecer.

—Ya amaneció.

—El amanecer —dijo Juan del Muro, con una pausa que utilizó para encontrar la formulación correcta— es un período, no un instante. Puede extenderse hasta que el sol esté completamente sobre el horizonte.

Francisco Conde miró el sol, que estaba completamente sobre el horizonte.

—Ya está completamente sobre el horizonte —dijo.

—En términos estratégicos —dijo Juan del Muro—, hay cierto margen.

Francisco Conde no respondió. Siguió mirando por la ventana junto a Juan del Muro durante varios minutos más, los dos en silencio, hacia la dirección desde la que los refuerzos debían llegar y desde la que, con una puntualidad que era la imagen invertida de la puntualidad del amanecer, no llegó nada.

CAPÍTULO 5

El bombardeo es, según las fuentes, moderado

Castillo de Chapultepec, 12 de septiembre de 1847

El bombardeo comenzó a las cinco de la mañana, o a las cinco y media, o poco antes de las seis, dependiendo de la fuente. Las fuentes mexicanas tienden hacia las cinco, porque una hora más temprana sugiere mayor premeditación por parte del enemigo y mayor vigilancia por parte de los defensores. Las fuentes estadounidenses tienden hacia las seis, porque una hora más tardía es consistente con un ataque organizado y deliberado más que con un asalto nocturno. Yo, tras considerar ambas versiones con la ecuanimidad que me caracteriza, he optado por las cinco y cuarto, que no coincide exactamente con ninguna fuente pero que tiene la ventaja de no contradecir del todo a ninguna de las dos, que es lo más cerca que se puede estar de la verdad cuando las verdades disponibles no coinciden.

Lo que no admite discusión es el efecto. El bombardeo fue sostenido, sistemático y considerablemente más intenso de lo que el mando mexicano había anticipado, aunque el mando mexicano no había anticipado nada con suficiente especificidad como para que la intensidad real pudiera decirse que superaba o no sus expectativas. Los partes militares mexicanos lo describieron como "intenso pero manejable". El reporte del general Winfield Scott lo describió como "devastador y suficientemente sostenido para comprometer la capacidad defensiva de la posición antes del asalto".

Yo revisé ambas descripciones, las comparé con la evidencia material disponible sobre el estado del Castillo tras el bombardeo, y elegí quedarme con la versión mexicana por razones que anoté en mi bitácora como "coherencia narrativa" y que el lector puede interpretar como lo que son.

El primer impacto que los cadetes escucharon desde el interior del Castillo produjo una reacción que las fuentes no documentan pero que consideré plausible y que cualquier persona con experiencia en sobresaltos nocturnos puede imaginar sin necesidad de fuentes.

El segundo impacto produjo el movimiento. El tercero produjo las instrucciones, que llegaron con la urgencia característica de las instrucciones que se improvisan y la imprecisión característica de las instrucciones que nadie había preparado porque nadie había querido preparar instrucciones para ese escenario específico, porque preparar instrucciones para ese escenario específico habría requerido admitir que ese escenario era posible.

—Posiciones defensivas —dijo el teniente que apareció en el corredor con la expresión de quien repite algo que le han dicho sin haber tenido tiempo de pensar en qué significa.

—¿Cuáles posiciones? —preguntó Juan del Muro, que había aparecido ya completamente vestido porque Juan del Muro era el tipo de persona que dormía con cierto grado de preparación anticipatoria.

—Las designadas.

—¿Cuándo fueron designadas?

El teniente lo miró durante un momento.

—Están en el plan defensivo.

—¿Dónde está el plan defensivo?

—Con el oficial de guardia.

—¿Dónde está el oficial de guardia?

El teniente señaló vagamente hacia el ala oeste y siguió por el corredor con la velocidad de quien tiene más corredores que recorrer y menos respuestas que las que los corredores requieren.

Juan del Muro fue al ala oeste. El oficial de guardia no estaba ahí. Estaba, según le informaron, en el ala norte. En el ala norte le dijeron que acababa de ir al patio central. En el patio central encontró a Vicente Suero, que llevaba ya varios minutos en movimiento y había recorrido una distancia considerable sin que ese movimiento hubiera producido todavía ningún resultado específico.

—¿Encontraste el plan defensivo? —le preguntó Juan del Muro.

—No estoy buscando el plan defensivo —dijo Vicente Suero—. Estoy buscando dónde soy más útil.

—¿Y dónde es eso?

—Todavía no lo sé, pero cuando lo encuentre voy a estar ahí.

Otro impacto sacudió el Castillo con suficiente fuerza como para que ambos buscaran instintivamente algo a lo que sujetarse, aunque en el patio central no había nada a lo que sujetarse, lo cual era un defecto de diseño que en ese momento resultaba más evidente que en circunstancias normales.

Agustín Mielga había llegado a su posición antes de que nadie le dijera cuál era su posición, porque Agustín Mielga tenía una teoría sobre las posiciones que consistía en que, en ausencia de instrucción específica, la posición correcta era aquella que resultara más defensivamente obvia, y para Agustín Mielga la posición más defensivamente obvia era la que tenía mejor visibilidad y peor cobertura, razonamiento que era militarmente discutible pero que al menos lo mantenía activo.

Estaba en una de las troneras del ala este cuando empezó el bombardeo, y ahí permaneció, con la consistencia de quien ha decidido que moverse sin orden es peor que estar en el lugar equivocado con convicción.

Francisco Conde estaba en el corredor cuando llegó el primer impacto, camino al lugar al que iba sin haber recibido instrucción de ir a ningún lugar, que era el estado en que se encontraba la mayoría de los cadetes en ese momento aunque ninguno lo habría descrito así. Se detuvo. Escuchó el segundo impacto. Escuchó el tercero. Luego encontró al sargento que el día anterior le había dicho a Vicente Suero que la sección del muro norte sería evaluada cuando correspondiera evaluarla.

—¿El muro norte? —dijo el sargento, cuando Francisco Conde se lo mencionó.

—El acceso sin cubrir que reportó Vicente Suero ayer.

—Eso está siendo gestionado.

—¿Por quién?

El sargento miró a Francisco Conde con la expresión de quien no está acostumbrado a que le hagan esa pregunta y no está seguro de si debería estarlo.

—Por quien corresponde —dijo.

—¿Y quién corresponde?

—El oficial a cargo de esa sección.

—¿Quién es el oficial a cargo de esa sección?

Hubo una pausa que no era de reflexión sino de cálculo sobre si existía una respuesta disponible y, de existir, si convenía proporcionarla.

—Eso lo tiene que verificar con el oficial de guardia —dijo el sargento.

Francisco Conde pensó en decirle que el oficial de guardia estaba siendo buscado simultáneamente por al menos dos personas con resultados hasta el momento negativos, pero calculó que esa información no iba a producir ningún cambio en la situación del muro norte y fue a buscar un lugar donde estar que tuviera al menos alguna lógica defensiva, aunque nadie le hubiera explicado cuál era esa lógica.

Juan Euskera apareció en el patio central veinte minutos después del inicio del bombardeo, completamente vestido y con el equipo en orden, con la expresión de quien llega con la certeza de estar llegando en el momento correcto. Miró a su alrededor. El patio estaba considerablemente más activo de lo habitual.

—¿Qué pasó? —preguntó a nadie en particular.

—El bombardeo —dijo alguien que pasaba.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace veinte minutos.

Juan Euskera asintió con la serenidad de quien recibe una información y la incorpora sin alterarse, lo cual en este caso era menos una virtud estoica que el resultado de no haber estado presente durante los

primeros veinte minutos y no tener por lo tanto el punto de comparación que habría hecho los veinte minutos anteriores perturbadores.

—¿Adónde hay que ir? —preguntó.

—A las posiciones defensivas.

—¿Cuáles?

—Las designadas.

Juan Euskera asintió de nuevo y fue en una dirección que le pareció razonable, que resultó ser la dirección del almacén de provisiones, lo cual no era una posición defensiva en ningún sentido técnico del término pero que tenía la ventaja de estar razonablemente protegida de los impactos, aunque eso Juan Euskera no lo sabía cuando fue ahí sino que lo descubrió al llegar, y en ese punto le pareció que su intuición había funcionado bastante bien.

El bombardeo continuó durante varias horas con una regularidad que habría resultado casi admirable si no hubiera estado produciendo daños. Los impactos caían sobre el Castillo con una metodología que el reporte de Scott describía como "preparación sistemática del terreno para el asalto" y que los defensores experimentaban como una interrupción sostenida de cualquier intento de organizar la respuesta, porque cada vez que alguien identificaba qué había que hacer y empezaba a hacerlo, un impacto nuevo reordenaba las prioridades y el proceso comenzaba desde un punto ligeramente distinto.

Juan del Muro encontró eventualmente al oficial de guardia, que para ese momento no estaba en ninguno de los lugares donde le habían dicho que estaba sino en un cuarto del ala sur que no correspondía a ninguna función documentada pero que tenía paredes gruesas. El plan defensivo existía. Era un documento de diecisiete páginas que el oficial de guardia le mostró con la expresión de quien muestra algo que ya no es completamente aplicable pero que sigue siendo el documento oficial.

—Las posiciones del plan —dijo Juan del Muro, después de revisar las primeras páginas— corresponden a una configuración que el bombardeo ha modificado en al menos tres puntos.

—El plan es el plan —dijo el oficial de guardia.

—Pero si las posiciones ya no son las posiciones...

—Las posiciones son las posiciones del plan. Si el terreno ha cambiado, se adapta la ejecución.

—¿Cómo se adapta?

—Con criterio táctico.

—¿De quién?

—Del oficial a cargo de cada sección.

Juan del Muro devolvió el documento con el cuidado de quien lo ha encontrado útil en términos formales y completamente inútil en términos prácticos, y fue a encontrar a sus compañeros, que era lo único concreto que podía hacer en ese momento con la información disponible.

Los encontró dispersos por el Castillo en posiciones que respondían, cada una, a una lógica distinta: la lógica del reglamento en el caso de Agustín Mielga, la lógica del movimiento en el caso de Vicente Suero, la lógica de la proximidad al almacén en el caso de Juan Euskera, la lógica de buscar una pared gruesa en el caso de Francisco Conde, que había llegado independientemente a la misma conclusión que el oficial de guardia aunque sin el rango necesario para que esa conclusión fuera oficial.

Fernando Cerros del Cisne estaba en algún lugar del Castillo, porque el registro de la mañana lo incluía y nadie reportó su ausencia. Dónde exactamente es una pregunta que formulo y no respondo, porque las fuentes no responden y yo, en este punto, he aprendido a dejar de insistir con Fernando Cerros del Cisne.

El bombardeo no amainó al mediodía. Tampoco a la tarde. Continuó con la constancia de algo que tiene un propósito claro y los recursos para cumplirlo, que era exactamente la diferencia entre el ejército que bombardeaba y el ejército que recibía el bombardeo y organizaba reuniones para discutir si era intenso o manejable.

Hacia el final de la tarde, en un momento de pausa relativa entre dos series de impactos, Francisco Conde encontró a Juan del Muro sentado contra una pared del corredor central con el plan defensivo doblado en la mano.

—¿Lo leíste todo? —preguntó Francisco Conde.

—Sí.

—¿Y?

Juan del Muro miró el documento durante un momento.

—Es un buen plan —dijo.

—¿Para qué?

—Para una situación distinta a esta.

Francisco Conde se sentó a su lado. Otro impacto sacudió el ala norte con suficiente fuerza para que el polvo cayera del techo en una línea fina y constante que ninguno de los dos miró hacia arriba para ver pero que ambos sintieron en el pelo y en los hombros.

—¿Crees que lleguen mañana? —preguntó Francisco Conde.

Juan del Muro tardó en responder más de lo que había tardado en responder cualquier pregunta anterior en toda la semana.

—En términos estratégicos —dijo finalmente—, hay cierto margen.

Francisco Conde reconoció la frase. Era la misma del día anterior, frente a la ventana, mirando el horizonte donde no había nada. La reconoció y no dijo nada, porque había preguntas que Francisco Conde había aprendido a no continuar, y esa era una de ellas, aunque era también la más importante, y eso era lo que lo mantenía despierto por las noches y lo que, a sus trece años, nadie le había dado todavía ninguna herramienta para resolver.

CAPÍTULO 6

Nadie da la orden de retirada, lo cual es técnicamente distinto a que no exista

Castillo de Chapultepec, 12 de septiembre de 1847, tarde

La pregunta sobre la orden de retirada es, en mi opinión, la más interesante de todas las preguntas que el episodio de Chapultepec genera, y también la más incómoda, que probablemente es la misma cosa. No es interesante porque su respuesta sea difícil de encontrar. Es interesante porque su respuesta es fácil de encontrar y nadie quiere encontrarla, lo cual es una situación que el historiador riguroso reconoce de inmediato como la más reveladora de todas: no el misterio, sino la evasión del misterio.

La orden de retirada no fue dada. Esto es un hecho. Lo que no es un hecho, o no un hecho simple, es por qué no fue dada, quién debería haberla dado, en qué momento debería haberse dado, y qué significa que no se diera en ese momento y no en otro. Estas preguntas tienen respuestas, pero las respuestas dependen de a quién se le pregunta y cuándo, y las respuestas que se obtienen cuarenta años después del evento tienden a ser considerablemente más coherentes que las que se habrían obtenido el mismo día, lo cual es una observación sobre la memoria que anoto con satisfacción sin notar que aplique directamente a mi propio trabajo.

Lo que puede reconstruirse es lo siguiente.

Durante la tarde del doce de septiembre, mientras el bombardeo continuaba con la regularidad ya descrita, hubo al menos tres momentos en que la orden de retirada habría sido operativamente pertinente. Los identifiqué con la precisión del análisis retrospectivo, que tiene la ventaja de saber qué ocurrió después y la desventaja de que nadie que tomaba decisiones esa tarde tenía esa ventaja.

El primer momento fue alrededor del mediodía, cuando quedó suficientemente claro que los refuerzos prometidos no habían llegado al amanecer y no había indicios de que fueran a llegar en las horas siguientes. En ese momento, un oficial con información completa sobre el estado de la guarnición, los daños al Castillo y la ausencia de apoyo externo habría tenido argumentos sólidos para ordenar una retirada

organizada. Ese oficial no existía, no porque no hubiera oficiales, sino porque ninguno tenía información completa, y los que tenían información parcial tendían a completarla con la parte que los comprometía menos.

El segundo momento fue a media tarde, cuando una sección del muro norte cedió bajo el impacto de una serie de proyectiles y produjo un acceso al interior del Castillo que no estaba en el plan defensivo de diecisiete páginas porque el plan defensivo de diecisiete páginas había sido elaborado con el Castillo en el estado en que estaba antes del bombardeo. Este acceso era relevante no solo como vulnerabilidad táctica sino como señal de que la posición se estaba degradando a una velocidad que los recursos disponibles no podían compensar. Nadie dio la orden de retirada en ese momento. Lo que se dio fue una instrucción de reforzar la posición adyacente, que era la respuesta operativamente correcta dentro del marco del plan y la respuesta prácticamente imposible dados los recursos disponibles, lo cual era una contradicción que el sistema resolvió ignorando la segunda parte.

El tercer momento fue al final de la tarde, cuando llegó, con un retraso que las fuentes no cuantifican con precisión, una comunicación del mando superior que describo como "ambigua en sus instrucciones pero clara en su tono", que es una manera elegante de decir que el tono sugería resistencia sin ordenarla explícitamente y que la distinción entre sugerir y ordenar, que en condiciones normales tiene consecuencias jurídicas y disciplinarias bien definidas, en condiciones de combate tiende a resolverse en favor de quien da la instrucción y en detrimento de quien la recibe.

—¿Qué dice exactamente? —preguntó el teniente coronel, después de leer la comunicación dos veces.

—Dice que se mantenga la posición con los recursos disponibles —dijo el oficial que la había traído.

—¿Y los recursos disponibles son suficientes para mantener la posición?

El oficial consideró la pregunta con la expresión de quien sabe la respuesta pero está evaluando si es su lugar darla.

—Eso lo determina el oficial a cargo —dijo finalmente.

—¿Y quién es el oficial a cargo?

Hubo una pausa.

—Usted, mi teniente coronel.

El teniente coronel dobló la comunicación con el cuidado metódico de quien está ganando tiempo para pensar en algo que no quiere terminar de pensar.

—Manténgase la posición —dijo.

Esta secuencia, que reconstruí a partir de un testimonio de segunda mano fechado varios años después del evento, puede o no haber ocurrido exactamente así. Lo que sí ocurrió, con certeza documental, es que la posición se mantuvo y la orden de retirada no llegó. El mecanismo preciso por el cual se llegó a ese resultado es lo que las fuentes no terminan de aclarar, posiblemente porque los mecanismos precisos por los cuales se llega a resultados desastrosos son los que las fuentes tienen más interés en no aclarar.

Los cadetes, que no participaban en ninguna de estas deliberaciones porque su rango no los hacía destinatarios de comunicaciones del mando superior, vivieron la tarde del doce en el estado de incertidumbre que habían habitado desde el siete, con la diferencia de que ahora la incertidumbre tenía sonido, polvo y la textura física de un edificio que se estaba deteriorando mientras ellos estaban dentro.

Vicente Suero fue el primero en notar que el acceso del muro norte, el que había reportado el día anterior y que iba a ser evaluado cuando correspondiera, había dejado de ser un acceso potencial y se había convertido en un acceso real.

—El muro norte —le dijo a Juan del Muro, con la economía de palabras de quien no tiene tiempo para más.

—¿Qué pasa con él?

—Que ya no está.

Juan del Muro fue a verificarlo. Vicente Suero tenía razón, que era algo que Juan del Muro reconocía con más facilidad cuando la evidencia era física y no requería interpretación. Una sección de aproximadamente tres metros había cedido y dejaba ver, a través del polvo y los escombros, el exterior del Castillo con una claridad que la arquitectura original no había contemplado.

—Hay que reportarlo —dijo Juan del Muro.

—Ya lo reporté ayer —dijo Vicente Suero.

—Hay que reportar que ya cedió.

—¿A quién?

—Al oficial de guardia.

Vicente Suero miró a Juan del Muro con la paciencia de quien ha tenido esta conversación antes.

—La última vez que busqué al oficial de guardia me mandaron al ala norte, luego al patio central, luego al ala sur. ¿Quieres que empiece por el ala norte otra vez o prefieres que lo tapemos nosotros?

—No tenemos autorización para modificar posiciones defensivas sin orden de un oficial.

—El muro ya no tiene posición que modificar. Tiene un agujero.

—Aun así.

Vicente Suero miró el agujero durante un momento. Era un agujero real, concreto, por el que entraba el aire y desde el que se veían cosas que era mejor no ver con demasiada atención.

—Voy a buscar al oficial de guardia —dijo finalmente, con el tono de quien ha tomado una decisión que no lo convence pero que es la única que el sistema le permite tomar.

—Bien —dijo Juan del Muro.

—Si no lo encuentro en veinte minutos, vuelvo y tapamos el agujero.

—Eso requiere autorización.

—Y el agujero requiere un muro. Vemos cuál de los dos llega primero.

Vicente Suero fue. No encontró al oficial de guardia en veinte minutos. Lo que hizo cuando regresó no está documentado con la precisión suficiente para afirmarlo con certeza, pero el agujero del muro norte aparece mencionado en al menos dos fuentes posteriores como un punto de acceso que complicó la defensa durante el asalto del día siguiente, lo cual sugiere que el agujero permaneció, que la autorización no llegó, y que la distancia entre los dos era más corta de lo que Juan del Muro habría preferido.

Agustín Mielga pasó la tarde en su posición con una constancia que sus superiores habrían calificado de ejemplar si alguno hubiera estado en condiciones de observarla. Cumplía el turno, relevaba cuando correspondía, verificaba lo que había que verificar. En algún momento de la tarde media, en una pausa entre dos series de impactos, Francisco Conde llegó a su posición y se quedó ahí sin decir nada durante varios minutos.

—¿Estás bien? —preguntó Agustín Mielga, que no era dado a hacer preguntas personales pero que reconocía cuando alguien necesitaba que le hicieran una.

—¿Tú crees que van a dar la orden de retirada? —preguntó Francisco Conde, sin preámbulo y sin mirar a Agustín Mielga sino hacia el exterior, a través de una tronera que enmarcaba una porción del valle envuelta en el humo de los proyectiles.

Agustín Mielga consideró la pregunta con la seriedad que consideraba todas las preguntas.

—Si hay que retirarse, darán la orden —dijo.

—¿Y si no dan la orden?

—Entonces no hay que retirarse.

—¿O no se dieron cuenta de que hay que retirarse?

Agustín Mielga miró a Francisco Conde durante un momento. Era una pregunta que el sistema en el que Agustín Mielga creía no contemplaba,

porque el sistema en el que Agustín Mielga creía era un sistema que funcionaba, y un sistema que funciona no deja de darse cuenta de las cosas que hay que hacer.

—El sistema no falla en esas cosas —dijo.

Francisco Conde asintió. No porque estuviera de acuerdo, sino porque había aprendido que hay momentos en que asentir es la única respuesta que no prolonga una conversación que ya no va a llegar a ningún lugar nuevo.

Juan Euskera apareció al final de la tarde con la expresión de quien ha estado en algún lugar durante varias horas y regresa sin que ese lugar haya quedado del todo claro. Cuando le preguntaron dónde había estado, dijo que en una posición. Cuando le preguntaron qué posición, dijo que la que le había parecido más adecuada. Cuando le preguntaron si era una posición designada, dijo que había que entender "designada" en un sentido amplio.

Nadie insistió. Era tarde, el bombardeo había amainado hacia el final del día con la regularidad de algo que se detiene para continuar mañana, y la energía disponible era demasiado escasa para invertirla en establecer dónde exactamente había estado Juan Euskera durante las últimas horas.

Fernando Cerros del Cisne estaba en la lista de la tarde. Lo anoté y pasé al siguiente punto.

La noche del doce de septiembre llegó sobre el Castillo con el silencio relativo que sigue a las cosas intensas y que no es paz sino ausencia temporal de ruido. Los cadetes ocuparon los espacios disponibles. Algunos durmieron. Otros no. El plan defensivo de diecisiete páginas estaba en algún lugar del ala sur, doblado, con las posiciones señaladas en un Castillo que ya no correspondía del todo al Castillo que el plan describía.

La orden de retirada no había llegado. Esto, que en términos técnicos era distinto a que no existiera, se parecía en términos prácticos a lo mismo de una manera que resultaba difícil de distinguir en la oscuridad, cuando el valle afuera estaba quieto y los refuerzos seguían sin aparecer desde ninguna dirección y el amanecer del trece de septiembre estaba acercándose con la misma puntualidad con que se había acercado el del doce, que era la única puntualidad que nadie en el Castillo había tenido ocasión de cuestionar.

CAPÍTULO 7

El asalto, reconstruido con las fuentes disponibles, que son insuficientes

Castillo de Chapultepec, 13 de septiembre de 1847, madrugada

Reconstruir el asalto del trece de septiembre con precisión cronológica es, debo admitirlo, una tarea que las fuentes no facilitan. Lo que facilitan es una colección de momentos desconectados, cada uno narrado con absoluta convicción por alguien que estaba en un lugar distinto y vio una porción distinta de lo mismo, lo cual produce, al reunirlos, no una secuencia sino un mosaico en el que las piezas no encajan del todo y algunas claramente pertenecen a otro mosaico.

He decidido presentarlos en el orden más lógico, que es el orden que mejor sostiene mi interpretación previa, y confío en que el lector, a estas alturas, ya sabe lo que eso significa.

Lo que sí puede establecerse es que el asalto no llegó como un evento único con hora de inicio y desarrollo ordenado. Llegó como llegan las cosas que nadie ha organizado del todo: como una acumulación de señales que se vuelven imposibles de ignorar antes de que nadie haya decidido oficialmente qué hacer con ellas.

Primero fueron los ruidos, que eran distintos a los del bombardeo del día anterior no en intensidad sino en dirección: más cercanos, más variados, con una irregularidad que los proyectiles no tenían porque los proyectiles seguían una lógica de artillería y esto seguía una lógica de infantería, que es considerablemente más impredecible.

Agustín Mielga fue el primero en notarlo, lo cual no era sorprendente porque Agustín Mielga llevaba en su posición desde antes del amanecer, no porque alguien se lo hubiera pedido sino porque su relación con el sueño en situaciones de tensión era la misma que su relación con la duda: la ignoraba hasta que dejaba de ser posible ignorarla, y esa noche había dejado de ser posible ignorarla alrededor de las tres de la mañana.

—Se mueven —le dijo a Vicente Suero, que había aparecido a su lado en la tronera sin que Agustín Mielga lo hubiera oído llegar.

—Desde hace un rato —dijo Vicente Suero.

—¿Lo reportaste?

—Fui a reportarlo. El oficial de guardia no estaba en su posición.

—¿Dónde estaba?

—No lo encontré.

Agustín Mielga procesó esto con la misma expresión con que procesaba toda la información que contradecía su modelo del sistema: la expresión de quien está recalculando sin admitir que el cálculo anterior estaba mal.

—Habrá ido a coordinar —dijo finalmente.

—Posiblemente —dijo Vicente Suero, con el tono de quien no está de acuerdo pero ha aprendido que hay momentos en que el desacuerdo no produce ningún resultado útil.

Los ruidos continuaron. Se acercaban con la metodología de algo que tiene un plan, lo cual era exactamente la diferencia entre el ejército que asaltaba y el ejército que era asaltado: uno sabía lo que estaba haciendo y el otro estaba averiguándolo en tiempo real.

Juan del Muro apareció en el corredor principal con el plan defensivo de diecisiete páginas bajo el brazo, lo cual era admirable en términos de preparación y completamente abstracto en términos de aplicabilidad, dado que el plan describía una posición que el bombardeo del día anterior había modificado en varios puntos y el amanecer del trece estaba modificando en varios más.

Lo traía porque era el documento oficial y él era, entre todas sus otras características, alguien que creía en los documentos oficiales con una constancia que las circunstancias no habían logrado erosionar del todo.

—Hay movimiento en el perímetro norte —le informó a nadie en particular, porque en ese momento el corredor estaba vacío excepto por Francisco Conde, que había aparecido con la puntualidad silenciosa que lo caracterizaba en los momentos en que nadie quería que apareciera nadie.

—Lo sé —dijo Francisco Conde.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque se escucha.

Juan del Muro miró el plan durante un momento.

—Según el plan, la posición norte debería estar reforzada con dos pelotones adicionales.

—¿Están ahí?

—No tengo confirmación de que estén ahí.

—Entonces no están ahí.

—La ausencia de confirmación —dijo Juan del Muro— no es equivalente a la confirmación de ausencia.

Francisco Conde lo miró durante exactamente el tiempo necesario para calcular si esa frase tenía algún contenido operativo útil, concluyó que no lo tenía, y fue hacia la tronera donde estaban Agustín Mielga y Vicente Suero, que era el único lugar del Castillo donde había en ese momento algo concreto que ver.

Lo que se veía desde esa tronera era, en términos objetivos, suficiente para comprender que la situación había pasado de ser inminente a ser presente. Los soldados estadounidenses avanzaban hacia el Castillo con el orden metódico de quienes han practicado este movimiento, lo cual era exactamente lo que habían hecho, porque los ejércitos que funcionan practican los movimientos antes de ejecutarlos, que es otra de las diferencias entre el ejército que asaltaba y el ejército que era asaltado.

—¿Cuántos son? —preguntó Francisco Conde.

—Muchos —dijo Vicente Suero, con la precisión de quien prefiere la exactitud a la tranquilidad.

—¿Cuántos es muchos?

—Más que nosotros.

Francisco Conde asintió. Era una proporción que el plan defensivo de diecisiete páginas probablemente contemplaba de una manera que ya no correspondía a la realidad, pero ese no era el momento para verificarlo.

Las instrucciones llegaron a continuación, con el retraso habitual y la imprecisión habitual, aunque en esta ocasión la imprecisión tenía una calidad diferente: no era la imprecisión de órdenes que nadie había terminado de definir, sino la imprecisión de órdenes que alguien había formulado con claridad y que la cadena de transmisión había fragmentado en el trayecto hasta convertirlas en aproximaciones de sí mismas.

Lo que llegó a los cadetes fue, según puedo reconstruir, algo en el orden de: defender las posiciones asignadas con los recursos disponibles y aguardar instrucciones adicionales. Las instrucciones adicionales no llegaron, lo cual a estas alturas no sorprendió a nadie, excepto posiblemente a Agustín Mielga, cuya capacidad de sorpresa ante los fallos del sistema se mantenía intacta con una tenacidad que yo encuentro, en retrospectiva, la forma más conmovedora de fe que el episodio contiene.

Juan Euskera apareció en ese momento en el corredor, completamente equipado y con una expresión de concentración que sugería que había llegado al lugar correcto aunque las fuentes disponibles no me permiten determinar desde dónde llegaba ni por qué ruta. Cuando le preguntaron qué posición tenía asignada, dijo que la que correspondía a su pelotón. Cuando le preguntaron cuál era su pelotón, dijo que el tercero, o el segundo, dependiendo de cómo se contara.

Nadie le preguntó cómo se contaba. Era el momento menos adecuado para esa conversación y todos lo sabían, incluido Juan Euskera, que tenía una percepción del momento adecuado que era errática en condiciones normales y sorprendentemente funcional en condiciones de emergencia.

Fernando Cerros del Cisne estaba en algún lugar del Castillo. Las fuentes lo ubican en al menos dos posiciones distintas durante las primeras horas del asalto, lo cual es matemáticamente posible si las horas son distintas y geográficamente plausible si las posiciones no están demasiado alejadas entre sí, condiciones ambas que no puedo verificar con la documentación disponible.

Lo que sí puedo decir es que Fernando Cerros del Cisne estaba, que es más de lo que las fuentes me permiten decir sobre varios otros participantes del episodio, y me conformo con eso.

El asalto se desarrolló con una velocidad que el plan defensivo de diecisiete páginas no había contemplado, no porque el plan fuera ingenuo sino porque había sido elaborado para una guarnición completa con artillería operativa y muros intactos, y lo que existía el trece de septiembre de 1847 era una guarnición reducida, artillería parcialmente inutilizada y muros con un agujero en el sector norte que nadie había cubierto porque la autorización nunca llegó.

Los cadetes actuaron. Esto es lo que las fuentes confirman con mayor consistencia, y es también lo más importante: actuaron. No con la claridad retrospectiva que los relatos posteriores les atribuirían, no con la conciencia de estar protagonizando un momento histórico, no con la serenidad de quienes han elegido libremente un destino.

Actuaron como actúa la gente en situaciones que no ha elegido y que no comprende del todo: desde su fragmento de información, con los recursos que tenían, en la dirección que les pareció más razonable desde el punto en que estaban.

Vicente Suero fue el primero en moverse, como era previsible. No esperó instrucción porque no había instrucción que esperar, y su impaciencia con la ambigüedad, que en condiciones normales era una fuente constante de correcciones de sus superiores, en este momento era la única respuesta disponible. Se movió hacia el sector donde el acceso era más inmediato y actuó con la decisión de quien ha dejado de calcular porque el tiempo para calcular ha terminado.

Juan del Muro siguió con el plan bajo el brazo durante más tiempo del que habría sido aconsejable, lo cual es una observación que me permito con la comodidad del análisis retrospectivo y que en el momento habría sido completamente injusta, porque Juan del Muro estaba intentando hacer lo único que sabía hacer: encontrar la lógica del sistema en un momento en que el sistema había dejado de tener lógica reconocible.

Cuando finalmente soltó el plan, no fue porque hubiera aceptado que era inútil, sino porque necesitaba las manos para otra cosa, y esa otra cosa era más urgente que cualquier argumento sobre la utilidad del documento.

Agustín Mielga permaneció en su posición con la consistencia que lo definía, relevó cuando había alguien que relevar y continuó cuando no lo había. Su constancia en ese momento era indistinguible del heroísmo desde afuera y completamente distinta del heroísmo desde adentro, porque el heroísmo implica una elección y Agustín Mielga no estaba eligiendo: estaba cumpliendo, que era lo único que sabía hacer y lo único que, en ese momento, el sistema le había dejado como recurso.

Francisco Conde, de trece años, hizo lo que le correspondía dentro de un sistema que nunca le había explicado completamente qué era lo que le correspondía. Lo hizo sin la información completa que habría necesitado para entenderlo, sin la experiencia que habría necesitado para manejarlo, y sin la edad que habría necesitado para cualquiera de las dos cosas. Lo hizo, que es la frase más honesta que las fuentes me permiten formular sobre su participación y también, considero, la más importante.

El asalto duró lo que duran los asaltos cuando una de las partes tiene considerablemente más recursos que la otra y los ha organizado con anticipación: menos de lo que los defensores habrían querido y más de lo que los atacantes habían calculado en sus estimaciones más optimistas, lo cual es el único punto en que ambas versiones coinciden y que por lo tanto anoto como el más confiable.

Lo que ocurrió exactamente, en qué orden, en qué posición de cada uno y con qué resultado inmediato, son preguntas que las fuentes responden de maneras incompatibles entre sí. He hecho lo que he podido con lo que hay. Y lo que hay, debo reconocerlo con la honestidad que he prometido desde el prólogo, no alcanza para una reconstrucción completa.

Alcanza, apenas, para una reconstrucción plausible. Y con eso, en este oficio, hay que conformarse.

CAPÍTULO 8

Lo que cada uno hizo, según quien lo contó después

Castillo de Chapultepec, 13 de septiembre de 1847

El problema con reconstruir lo que cada cadete hizo durante el asalto no es la falta de fuentes. Es la abundancia de fuentes que no coinciden. Si hubiera una sola versión, podría adoptarla con la tranquilidad de quien no tiene alternativa. Si hubiera dos, podría elegir la más plausible y justificar la elección. Pero hay varias, y se contradicen entre sí con una creatividad que sugiere que cada testigo no solo estaba en un lugar distinto sino que estaba viendo, en cierta medida, una batalla distinta. He resuelto esto de la única manera posible: eligiendo, en cada caso, la versión que mejor se sostiene con el conjunto, que es también, inevitablemente, la versión que mejor se sostiene con lo que yo ya había decidido que había pasado antes de revisar las fuentes. Esto no es un sesgo. Es un método. La diferencia es sutil pero importante, al menos para mí.

Juan del Muro aparece en tres fuentes distintas haciendo tres cosas distintas en el mismo momento. La primera lo ubica en el sector norte, dirigiendo la defensa de la brecha del muro con una precisión táctica que el testimonio describe con detalle suficiente para sugerir que quien

lo escribió no estaba ahí. La segunda lo ubica en el corredor central, intentando reorganizar las posiciones según el plan de diecisiete páginas con una tenacidad que en cualquier otra circunstancia habría sido admirable. La tercera, la más escueta de las tres, simplemente dice que estaba "en el lugar donde se le necesitaba", frase que he encontrado en suficientes documentos militares como para saber que significa que el autor no sabía dónde estaba pero prefería no admitirlo.

He elegido la primera versión, no porque sea la más documentada sino porque es la más coherente con el carácter que he construido para este personaje a lo largo de los capítulos anteriores, y la coherencia narrativa es, en ausencia de certeza documental, el criterio más honesto que tengo disponible. Juan del Muro en el sector norte, con el plan bajo el brazo o sin él, intentando aplicar una lógica a una situación que la lógica ya había abandonado: eso es Juan del Muro. Eso es lo que habría hecho. Lo anoto como hecho.

En la brecha del muro norte, según el testimonio que he elegido como base, Juan del Muro intentaba coordinar la defensa con los recursos disponibles, que eran pocos y estaban dispersos.

—Necesito dos hombres en el flanco derecho —dijo a nadie en particular, porque en ese momento el flanco derecho estaba vacío y los hombres disponibles estaban en otros flancos que también estaban vacíos.

Un soldado que pasaba se detuvo brevemente.

—No hay dos hombres —dijo.

—¿Cuántos hay?

El soldado miró a su alrededor con la expresión de quien está haciendo un cálculo que no va a producir un resultado satisfactorio.

—Yo —dijo, y siguió caminando.

Juan del Muro consultó el plan. El plan indicaba que en esa posición debían estar cuatro pelotones. Dobló el documento, lo guardó, y decidió que un hombre en el flanco derecho era mejor que ninguno, conclusión que era matemáticamente correcta y tácticamente insuficiente, pero que era la única disponible.

Vicente Suero es el más consistente entre las fuentes, lo cual no significa que las fuentes sean consistentes sino que todas coinciden en que estaba en movimiento constante y que ese movimiento produjo consecuencias. Qué consecuencias exactamente es donde las versiones divergen, pero el movimiento en sí es indiscutible. Se le atribuye haber enfrentado directamente a soldados enemigos en combate cercano, lo cual es plausible dado su carácter y dado el estado del Castillo, que para esa hora ofrecía suficientes espacios de encuentro no planificado como para que ese tipo de confrontación fuera inevitable más que heroica. No lo digo para restarle mérito. Lo digo porque el mérito real, el de actuar cuando el sistema ya no provee instrucciones claras, es más significativo

que el mérito construido, el de actuar por una decisión consciente y solemne que nadie tuvo tiempo de tomar.

—¿Adónde vas? —le preguntó Juan Euskera en algún momento del asalto, cuando Vicente Suero pasó a su lado con la velocidad de quien no tiene tiempo para la pregunta que acaba de recibir.

—A donde haga falta —dijo Vicente Suero, sin detenerse.

—¿Cómo sabes dónde hace falta?

—Se nota.

Juan Euskera consideró esto durante un momento y decidió seguirlo, que era, en las circunstancias, una estrategia tan válida como cualquier otra disponible.

Juan Euskera aparece en el lugar equivocado de la batalla, lo cual las fuentes registran sin ponerse de acuerdo sobre qué lugar era ese ni qué significa "equivocado" en un asalto donde las posiciones designadas habían dejado de corresponder al terreno real desde el día anterior. He interpretado su presencia donde estaba como evidencia de lo que a lo largo de estos capítulos he llamado su disposición particular hacia la ubicación: Juan Euskera llegaba, y el lugar al que llegaba tenía siempre una lógica que era comprensible desde su perspectiva aunque no desde ninguna otra. En este caso, esa lógica lo llevó a una posición desde la cual su acción fue real aunque no documentada con la precisión que habría requerido para aparecer en los relatos oficiales con nombre propio.

Esto no es una deficiencia de Juan Euskera. Es una deficiencia de los relatos oficiales, que tienden a documentar lo que ocurre en el centro de los eventos y a omitir lo que ocurre en los márgenes, sin considerar que los márgenes son, con frecuencia, donde la mayor parte de la gente está.

Agustín Mielga resultó herido. Este dato aparece en las fuentes con suficiente consistencia como para considerarlo establecido, aunque los detalles varían: el momento exacto, la naturaleza de la herida, las circunstancias en que ocurrió. Lo que sí es claro es que no murió en el instante del combate, lo cual complica la imagen de muerte simultánea y heroica que el relato oficial requiere y que por lo tanto el relato oficial tiende a no enfatizar. Lo menciono aquí porque la honestidad que he prometido desde el prólogo me obliga a incluir los datos que incomodan además de los que confirman, aunque reconozco que el espacio que les dedico es proporcional a esa incomodidad y no a su importancia histórica.

Francisco Conde lo encontró en algún momento posterior a la herida, apoyado contra una pared del corredor sur con la expresión de quien está recalculando cuánto le queda de cumplir.

—¿Puedes moverte? —le preguntó Francisco Conde.

—Sí —dijo Agustín Mielga.

—¿Seguro?

—Sí.

Francisco Conde lo miró durante un momento con la atención clínica involuntaria de quien ha visto suficiente esa mañana como para saber distinguir entre un sí que significa sí y un sí que significa otra cosa.

—¿Adónde vas? —preguntó.

—A mi posición.

—Tu posición ya no existe. El muro cedió.

Agustín Mielga procesó esto con la misma expresión con que procesaba toda la información que contradecía su modelo del sistema.

—Entonces voy a la posición adyacente —dijo, y se incorporó con el esfuerzo visible de quien no está bien pero ha decidido que estar bien no es el criterio relevante en este momento.

Agustín Mielga cumplió hasta donde pudo cumplir. Cuando el cuerpo dejó de permitirle continuar, continuó de otra manera, que es la descripción más precisa que puedo ofrecer de lo que ocurrió sin caer en la especulación que las fuentes no sostienen. Su muerte, posterior al combate, es un hecho que la narrativa oficial incorporó sin dificultad a la imagen colectiva, y yo no tengo razón para no incorporarla también, aunque sí tengo razón para señalar que "posterior al combate" y "en el momento del combate" son cosas distintas que el tiempo y la necesidad simbólica han tendido a fusionar.

Fernando Cerros del Cisne hizo algo durante el asalto. Esto es todo lo que puedo afirmar con la certeza que el rigor histórico exige. Las fuentes lo mencionan, lo ubican en algún lugar del Castillo, y registran su muerte sin precisar las circunstancias con la claridad que habría permitido incluirlo en los relatos con el mismo nivel de detalle que a los demás. No es que Fernando Cerros del Cisne haya hecho menos. Es que lo que hizo no encontró un testigo que lo documentara con la atención suficiente, o que ese testigo no sobrevivió, o que sobrevivió pero no produjo un testimonio que llegara hasta los archivos que he consultado.

Hay un fragmento de testimonio, de autoría incierta y fecha imprecisa, que lo menciona brevemente en el corredor este durante el asalto. El fragmento dice, textualmente: "Cerros del Cisne estaba ahí e hizo lo que había que hacer." Es la descripción menos específica que he encontrado en once años de investigación y también, en cierto modo, la más honesta, porque "lo que había que hacer" en ese momento era distinto en cada punto del Castillo y nadie tenía visión suficiente para verlo completo.

Un oficial cuyo nombre las fuentes registran de manera inconsistente declaró años después haber cruzado unas palabras con él durante el asalto.

—¿Qué haces aquí? —le habría preguntado el oficial, encontrándolo en un corredor que no correspondía a ninguna posición designada.

—Lo que puedo —habría respondido Fernando Cerros del Cisne.

No hay manera de verificar este intercambio. Lo incluyo porque es coherente con lo poco que sé de él, y porque "lo que puedo" es, en las circunstancias, una respuesta que merece estar en el registro aunque el registro no la haya conservado con la certeza que yo necesitaría para citarla sin advertencia.

Me he acostumbrado, a lo largo de este trabajo, a encontrarme con su nombre al final de las listas y al margen de los relatos. Hay algo en esa posición que me resulta más honesto que la centralidad que otros han recibido, porque la posición marginal es la que corresponde a la mayoría de quienes participan en los eventos históricos, y la centralidad es siempre, en cierta medida, una construcción posterior.

Francisco Conde tenía trece años y cumplió lo que le correspondía dentro de un sistema que nunca le había explicado completamente qué era lo que le correspondía. Esta frase la he escrito antes en este relato, en el capítulo anterior, y la repito aquí porque es la frase más exacta que tengo para describir lo que ocurrió y porque la exactitud, cuando se alcanza, merece repetirse. Lo que hizo Francisco Conde el trece de septiembre de 1847 no está documentado con el detalle que permitiría describirlo con precisión. Lo que sí está documentado es que estaba ahí, que tenía trece años, y que el sistema dentro del cual estaba nunca le dio las herramientas para entender del todo en qué situación se encontraba.

Eso no es heroísmo en el sentido en que el monumento lo representa. Es algo más difícil de colocar en un pedestal y más difícil de olvidar una vez que se lo ha visto con claridad.

El asalto terminó con el resultado que las fuentes de ambos lados registran con la misma conclusión aunque con distintos adjetivos: el Castillo cayó. Los defensores que pudieron retirarse se retiraron. Los que no pudieron no lo hicieron. Las banderas cambiaron. Los informes comenzaron a circular casi de inmediato, con la velocidad que tienen los documentos cuando hay una narrativa que construir y los hechos aún están suficientemente recientes como para ser moldeables.

Es en ese momento, en el espacio entre el fin del combate y el inicio de los relatos, donde ocurre lo que me parece más importante de todo el episodio, y que ninguna fuente documenta directamente porque ninguna fuente tenía razón para documentar el silencio. Hubo un momento, breve y sin testigos que lo registraran, en que lo ocurrido era simplemente lo que había ocurrido: seis cadetes en un castillo dañado, un asalto, un resultado. Sin nombres en mármol. Sin gestos codificados. Sin la claridad que vendría después.

Ese momento duró exactamente lo que tardaron los primeros informes en circular. Y desde entonces, lo que ocurrió el trece de septiembre de 1847 ha sido, en distintas proporciones según la fuente y la época, una mezcla de lo que pasó y lo que era necesario que hubiera pasado. Separar ambas cosas es el trabajo del historiador riguroso. Reconocer que no siempre es posible separarlas es, quizás, el único resultado completamente honesto de ese trabajo.

Lo anoto aquí, en este capítulo que es el más inestable de todos los que he escrito, con la esperanza de que el lector lo tome como lo que es: no una conclusión, sino una pausa antes de lo que viene.

Lo que viene es la bandera. Y eso merece capítulo aparte.

CAPÍTULO 9

Juan Euskera y la bandera: una escena que merece análisis

Castillo de Chapultepec, 13 de septiembre de 1847, momento impreciso

Debo ser completamente honesto sobre lo que las fuentes me dicen respecto al episodio de Juan Euskera y la bandera, porque la honestidad es el fundamento de este trabajo y porque, en este caso particular, la honestidad requiere un esfuerzo considerable que prefiero hacer explícito antes de proceder.

Las fuentes contemporáneas al evento no registran el episodio. Ningún parte militar mexicano del trece de septiembre lo menciona. Ningún reporte estadounidense de ese día lo incluye. Los testimonios de participantes directos que han llegado hasta mí no lo describen.

Las primeras menciones documentadas aparecen años después del evento, en textos que tienen la característica común de estar escritos en un momento en que la necesidad de héroes era considerable y la posibilidad de contradecirlos era escasa.

Esto, que podría interpretarse como evidencia de que el episodio no ocurrió, lo interpreto yo como evidencia de las condiciones caóticas en que ocurrió. Un argumento que, aplicado con consistencia, permitiría sostener cualquier cosa que no haya sido documentada, lo cual es un universo bastante amplio que incluye, entre otras posibilidades, casi toda la historia antigua y una porción significativa de la moderna.

Soy consciente de que este argumento tiene debilidades. Las tengo en cuenta y procedo de todos modos, porque la alternativa es no narrar la escena, y no narrarla sería una omisión que el lector no me perdonaría y que yo tampoco me perdonaría a mí mismo, aunque por razones distintas.

Lo que ocurrió, según la reconstrucción que considero más plausible, fue lo siguiente.

En algún momento del asalto, cuando la situación en el interior del Castillo había alcanzado el nivel de desorganización que las fuentes describen con términos que varían pero que convergen en la idea de que ya nadie controlaba del todo lo que estaba ocurriendo, Juan Euskera se encontró en una posición desde la cual la bandera que ondeaba en el Castillo era visible y accesible.

Esta conjunción de factores, la visibilidad y la accesibilidad, no fue el resultado de una decisión estratégica sino de la misma mecánica de desplazamiento impredecible que había llevado a Juan Euskera a estar en el lugar equivocado durante toda la semana anterior y que en este momento lo llevó, por primera y única vez, al lugar que la historia necesitaba que alguien ocupara.

Un soldado que pasaba a su lado se detuvo un instante al verlo mirando la bandera.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Estoy evaluando la situación —dijo Juan Euskera, con la serenidad de siempre.

—¿Qué situación?

Juan Euskera señaló la bandera, luego señaló vagamente hacia el exterior del Castillo, donde el ruido indicaba con bastante precisión lo que estaba ocurriendo.

—Esta —dijo.

El soldado miró en la dirección que Juan Euskera señalaba, calculó algo que las fuentes no registran, y siguió su camino con la velocidad de quien ha decidido que esa evaluación no es su problema. Juan Euskera se quedó adonde estaba.

Lo que hizo con esa bandera es la parte que las fuentes posteriores describen con mayor detalle y menor consistencia. La versión más conocida, la que el monumento y los libros de texto han consolidado, es que Juan Euskera tomó la bandera, se envolvió en ella y saltó desde las alturas del Castillo para evitar que cayera en manos enemigas.

Esta versión tiene todos los elementos que una escena heroica requiere: un objeto simbólico, una decisión consciente, un gesto definitivo y una muerte que es simultáneamente sacrificio y victoria moral. Es una escena perfecta. Es tan perfecta que debería hacernos sospechar.

Las escenas perfectas no ocurren en los asaltos militares. Los asaltos militares son ruidosos, polvorientos, fragmentarios y completamente indiferentes a las necesidades narrativas de las generaciones posteriores. Lo que ocurre en ellos no tiene la forma de una escena sino la forma de una acumulación de momentos que nadie experimenta completos porque cada quien está demasiado ocupado con su propio fragmento para ver el conjunto.

Dicho esto, narro la escena. Porque el historiador riguroso también es, en cierta medida, un narrador, y el narrador sabe cuándo una escena es necesaria aunque las fuentes no la sostengan del todo.

El viento movía la bandera con la indiferencia de los elementos ante los eventos humanos. Juan Euskera la miró durante un momento, con la expresión que lo había caracterizado durante toda la semana: la expresión de quien está en el lugar donde está y encuentra en eso una lógica suficiente para continuar. La bandera era roja, blanca y verde, y estaba ahí, y él estaba ahí, y lo que ocurrió a continuación ocurrió con la velocidad de las decisiones que no son exactamente decisiones sino respuestas a una situación que no deja tiempo para deliberar.

Tomó la bandera. El viento, que había estado presente antes de este momento y seguiría presente después, colaboró con la escena de la manera en que el viento colabora con las escenas: sin saber que lo hacía, sin ninguna intención simbólica, con la mecánica pura de algo que sopla porque es su naturaleza soplar.

Lo que ocurrió exactamente después es lo que las fuentes no me permiten precisar. Si saltó o cayó, si fue una decisión o una consecuencia, si la bandera lo envolvió o simplemente estaba en sus manos cuando ocurrió lo que ocurrió, son preguntas que el registro histórico no responde con la claridad que yo, como historiador, necesitaría para afirmarlo con certeza y que yo, como narrador, necesito dejar parcialmente abiertas para que la escena conserve la dignidad que merece.

Lo que sí puedo afirmar es que Juan Euskera murió ese día, que la bandera estuvo involucrada de alguna manera en las circunstancias de su muerte, y que esa conjunción de elementos fue suficiente para que alguien, en algún momento posterior, construyera con ellos la escena que el país necesitaba. No digo esto para disminuir lo ocurrido.

Lo digo porque creo que lo ocurrido, en su versión más probable, que es una versión sin la coreografía perfecta que el relato oficial le atribuye, es más significativo que la escena construida. Un joven de dieciocho años, en un castillo en llamas, haciendo lo único que en ese momento le pareció posible hacer, sin tiempo para saber que lo que hacía iba a convertirse en símbolo: eso es más difícil de sostener en un pedestal que el gesto solemne y consciente, pero es también más verdadero, y la verdad, aunque incómoda, es lo que este trabajo persigue.

Al menos eso es lo que me digo cuando narro escenas que las fuentes no documentan con el viento mencionado dos veces.

Me permito aquí una nota al pie que en rigor debería ser una nota al margen, porque lo que quiero decir no cabe del todo en el flujo principal del relato. El lector habrá advertido que me he tomado ciertas libertades narrativas en este capítulo. Lo sé. Lo he hecho conscientemente y con la

convicción de que la plausibilidad, cuando la certeza no está disponible, es el recurso más honesto del historiador.

Un colega mío, cuyo nombre omito por las razones ya explicadas en el prólogo, me señaló en una ocasión que mi método tenía un problema central.

—Estás narrando lo que necesitas que haya pasado —me dijo.

—Estoy narrando lo que pudo haber pasado —respondí.

—¿Cuál es la diferencia?

Consideré la pregunta durante un momento más largo de lo que me habría gustado.

—La intención —dije finalmente.

Mi colega anotó algo en su cuaderno con la expresión del teniente coronel de los capítulos anteriores, y no respondió. Yo tampoco insistí. Hay conversaciones que se cierran mejor con silencio que con argumentos, especialmente cuando los argumentos disponibles son los que son.

Si el lector no está de acuerdo con mi convicción, le sugiero que consulte cualquier otro texto histórico sobre este episodio y que calcule qué proporción de lo que ahí se afirma está documentado con fuentes contemporáneas al evento y qué proporción está documentado con la necesidad que las generaciones posteriores tenían de que las cosas hubieran ocurrido de una manera determinada. El resultado de ese cálculo, en cualquier texto que elija, le dará una perspectiva útil sobre mis libertades.

Dicho esto, continúo.

Los demás cadetes no vieron lo que ocurrió con Juan Euskera, o si lo vieron no lo documentaron en el momento, lo cual es comprensible dado que el momento no era propicio para la documentación.

Vicente Suero supo después, como supieron todos, de la manera en que se saben las cosas que ocurren en los márgenes del combate: por fragmentos, por referencias, por la acumulación de versiones parciales que con el tiempo se consolidan en una versión única que nadie puede ya contradecir porque quienes podrían hacerlo ya no están.

—¿Qué pasó con Euskera? —le preguntó Francisco Conde a Vicente Suero en algún momento posterior al asalto, en las horas confusas en que el Castillo había caído pero los relatos aún no habían terminado de organizarse.

—No lo sé con exactitud —dijo Vicente Suero.

—¿Y la bandera?

Vicente Suero miró a Francisco Conde durante un momento.

—La bandera no cayó en manos enemigas —dijo.

Francisco Conde asintió. Era la información más concreta disponible en ese momento, y era también, en cierta medida, suficiente. Lo que había ocurrido exactamente, con qué gestos y en qué orden, era algo que el tiempo se encargaría de precisar con una claridad que el momento mismo no había tenido.

Así funcionan los episodios que se convierten en historia: el momento es confuso y la historia es clara, y la claridad de la historia no proviene del momento sino del trabajo posterior de quienes necesitan que las cosas tengan sentido.

Ese trabajo, debo admitirlo, es también el mío. Y si a veces el viento sopla dos veces en mi reconstrucción cuando las fuentes solo lo mencionan una, es porque la narrativa lo requería y porque el viento, a diferencia de los documentos, no protesta cuando se le convoca más de lo estrictamente necesario.

CAPÍTULO 10

Los que sobrevivieron al asalto no sobrevivieron al relato

Ciudad de México, septiembre–diciembre de 1847

El Castillo cayó un martes, o un miércoles, dependiendo de la fuente, lo cual es una consistencia que el lector ya habrá aprendido a esperar de este episodio. Lo que no depende de la fuente es que cayó, que el ejército estadounidense lo ocupó con la eficiencia de quien ha planeado la operación con anticipación, y que casi de inmediato, con una velocidad que contrasta notablemente con la velocidad a la que llegaron los refuerzos prometidos, comenzaron a circular los primeros documentos sobre lo ocurrido.

Esto es lo que me parece más revelador de todo el episodio, y lo que ninguna fuente documenta como tal porque ninguna fuente tenía razón para considerar revelador algo que era simplemente el procedimiento habitual: los informes empezaron antes de que terminara el polvo. Los partes militares mexicanos comenzaron a redactarse mientras algunos defensores aún estaban en el Castillo.

Las declaraciones de testigos se tomaron en los días inmediatamente siguientes, cuando los testigos tenían frescos los hechos y también frescos el miedo, la confusión y la necesidad de que lo que habían vivido tuviera algún sentido.

He leído esos primeros documentos con la atención que merecen, que es considerable, y lo que encuentro en ellos es fascinante no por lo que dicen sino por lo que revelan sin querer. Los relatos más tempranos son los más fragmentarios: describen momentos sin conexión, acciones sin contexto, personas en lugares sin explicación de cómo llegaron ahí. Son, en suma, la descripción honesta de lo que es una batalla vista desde

adentro, que es una experiencia radicalmente distinta a la batalla vista desde afuera o desde después.

Lo que ocurre con esos relatos en las semanas y meses siguientes es el proceso que encuentro más instructivo de todo lo que he estudiado en once años. Los testimonios se vuelven más coherentes. Las secuencias se ordenan. Los momentos aislados encuentran su lugar en una narrativa que los conecta.

Los nombres que en los primeros documentos aparecían mezclados con docenas de otros van desprendiéndose del conjunto y adquiriendo protagonismo propio. Y las acciones que en los relatos iniciales eran simplemente lo que alguien hizo en un momento dado se convierten, progresivamente, en gestos cargados de intención y significado.

Fui a buscar al oficial que había redactado el primer parte militar mexicano sobre la defensa de Chapultepec, o más bien fui a buscar sus descendientes, porque el oficial llevaba muerto suficiente tiempo como para que la entrevista directa no fuera posible. Lo que encontré fue un nieto que conservaba algunos papeles de familia y que me recibió con la desconfianza razonable de quien no entiende del todo por qué alguien viene de tan lejos a preguntar por documentos de hace tanto tiempo.

—¿Qué quiere saber exactamente? —me preguntó, con una taza de café en la mano y la expresión de quien está calculando si vale la pena el esfuerzo de ser hospitalario.

—Qué decía el primer informe —dije—. El que se redactó el mismo día.

—Eso no existe —dijo el nieto.

—¿No existe o no se conservó?

El nieto consideró la distinción.

—Para efectos prácticos es lo mismo —dijo.

—Para efectos históricos no lo es —dije.

El nieto me miró durante un momento con la expresión de quien acaba de entender que esta conversación va a durar más de lo que había calculado, y se sirvió más café sin ofrecerme.

Lo que sí se conservó, en archivos de distinta procedencia y distinto estado de preservación, fue suficiente para reconstruir la trayectoria del relato desde sus primeras versiones hasta su forma consolidada. Y esa trayectoria muestra algo que cualquier historiador reconocerá y que pocos admiten abiertamente: la historia no se descubre, se negocia. Los hechos son el punto de partida, pero lo que se hace con ellos depende de quién los narra, cuándo los narra y para qué los narra.

En el caso de Chapultepec, la negociación fue relativamente rápida porque la necesidad era urgente. México había perdido la guerra. Había perdido territorio, había perdido recursos, había perdido la imagen de sí

mismo que necesitaba para continuar siendo una nación con algún proyecto.

En ese contexto, seis cadetes muertos en la defensa de un castillo eran, si se los miraba con los ojos correctos, exactamente lo que el país necesitaba: una derrota que contenía una victoria moral, un sacrificio que probaba que no todo estaba perdido, una imagen que podía colocarse frente a la catástrofe como evidencia de que algo, al menos, había valido la pena.

La pregunta que ningún documento formula directamente, pero que está presente en todos ellos como una presión invisible, es cuántos cadetes estaban realmente en el Castillo la mañana del trece. Los registros varían. Algunos mencionan más de seis. Otros mencionan menos.

Algunos no dan números sino descripciones generales que no permiten un conteo preciso. He hecho el ejercicio de sumar y restar lo que las fuentes ofrecen y el resultado es un rango que va de cuatro a once, dependiendo de cómo se interpreten las referencias y qué documentos se consideren más confiables.

Yo elegí seis. Lo hice porque seis es el número que aparece con mayor frecuencia en las fuentes posteriores, porque seis produce una imagen visual que funciona bien en un monumento, y porque seis permite una narrativa con suficiente variedad de caracteres para que la historia sea interesante sin ser inmanejable.

Reconozco que estos no son criterios históricos en sentido estricto. Son criterios narrativos. Y reconozco también, con la misma honestidad que he mantenido a lo largo de este trabajo, que la distinción entre ambos tipos de criterios es, en la práctica, más porosa de lo que los historiadores solemos admitir.

El proceso de selección de los seis nombres que la historia recordaría no ocurrió en un solo momento ni por decisión de una sola persona. Fue gradual, colectivo y en gran medida inconsciente, que es la manera en que ocurren los procesos más importantes: sin que nadie declare que está haciéndolos. Algunos nombres tenían más documentación que otros.

Algunos tenían familias que reclamaban su memoria con más insistencia. Algunos habían hecho cosas que eran más fáciles de narrar que lo que habían hecho otros. Y algunos, como Fernando Cerros del Cisne, tenían tan poca documentación y tan poca familia reclamante que su inclusión en el grupo dependió menos de la evidencia que de la simetría: seis es un número que funciona, y si ya había cinco bien documentados, el sexto lugar se llenaba con el candidato más plausible disponible.

Consulté sobre esto a un colega especialista en historia militar del siglo XIX, quien me escuchó con la paciencia de quien ha oído argumentos similares antes.

—Lo que describes —me dijo— es lo que hacemos todos.

—No todos lo admiten —dije.

—Admitirlo no lo hace mejor —dijo él.

—No —concedí—. Pero lo hace más honesto.

Mi colega se quedó en silencio durante un momento.

—O más cómodo —dijo finalmente—. Que no es lo mismo.

Anoté esa observación en mis notas con la intención de refutarla después, y no la he refutado todavía, lo cual probablemente dice algo que prefiero no examinar demasiado de cerca.

Los meses de octubre, noviembre y diciembre de 1847 fueron el período en que el relato de Chapultepec adquirió su forma más duradera. Los informes se citaban unos a otros, los testimonios se incorporaban a documentos oficiales que a su vez eran citados por testimonios posteriores, y el conjunto fue ganando la coherencia circular de las narrativas que se sostienen a sí mismas porque cada parte remite a otra parte del mismo sistema.

Es un proceso que conozco bien porque es el proceso que he seguido yo en este trabajo, con la diferencia de que yo soy consciente de estarlo siguiendo, lo cual, como señaló mi colega, puede no ser una diferencia tan relevante como me gustaría que fuera.

Lo que quedó al final de ese proceso fue una historia. Una historia con héroes identificables, gestos precisos, secuencias claras y un significado que podía explicarse en pocas palabras a cualquier mexicano de cualquier edad. Era una historia útil, necesaria y, en sus elementos centrales, suficientemente anclada en hechos reales como para resistir la crítica superficial.

Era también, en los detalles que importan, una reconstrucción. Como la mía. Con la diferencia de que la suya duró ciento setenta años y la mía lleva once, y que la suya tiene un monumento y la mía tiene esta gaveta con los papeles sin clasificar que el lector tiene entre las manos.

Por ahora.

CAPÍTULO 11

Cómo se construye un héroe en diez años o menos

México, 1847–1857

La construcción de un héroe nacional es un proceso que, observado con suficiente distancia, tiene la elegancia discreta de los procesos que nadie dirige del todo pero que avanzan con una coherencia que sugiere dirección. No hay un momento en que alguien decida que Juan del Muro, Vicente Suero, Juan Euskera, Agustín Mielga, Fernando Cerros del Cisne y Francisco Conde serán los Niños Héroes de Chapultepec.

Lo que hay es una serie de decisiones menores, tomadas por personas distintas en momentos distintos, que van acumulándose hasta producir un resultado que ninguna de ellas, individualmente, habría podido prever ni planear. Es el mismo mecanismo por el que se forman las tradiciones, las instituciones y los malentendidos duraderos: no por diseño, sino por sedimentación.

He dedicado una parte considerable de mis once años de investigación a rastrear ese proceso, y lo que encontré me parece, francamente, más interesante que el episodio del trece de septiembre en sí mismo. El episodio duró unas horas. El proceso de convertirlo en mito duró una década, y sus efectos llevan ciento setenta años sin terminar de sedimentarse.

Los primeros años fueron los más inestables. Entre 1847 y 1850, el episodio de Chapultepec era mencionado en los documentos oficiales con una frecuencia que variaba según la necesidad política del momento y con un nivel de detalle que dependía de quién escribía y para qué audiencia.

Algunos textos lo mencionaban brevemente, como un episodio más de la campaña. Otros lo desarrollaban con mayor extensión, enfatizando elementos distintos según el propósito del documento: la resistencia heroica si el texto buscaba levantar la moral, la desorganización del mando si el texto buscaba explicar la derrota sin atribuirla a incompetencia propia.

En ninguno de esos textos tempranos aparece aún la imagen consolidada de seis jóvenes que eligieron quedarse y morir. Lo que aparece es más confuso, más fragmentario y más honesto: defensores que cayeron en circunstancias que no siempre se precisan, en un Castillo que cedió por razones que los documentos oficiales prefieren no examinar demasiado.

Fui a buscar el primer texto en que aparecen los seis nombres juntos, identificados como grupo y no como individuos dispersos en una lista más larga. Lo encontré en un documento de 1851, un informe educativo que recomendaba incorporar el episodio de Chapultepec a los programas de instrucción cívica.

El autor del informe, cuyo nombre conservo en mis notas pero cuya identidad no viene al caso aquí, había elegido seis nombres de entre los varios que los documentos disponibles mencionaban, y los había presentado como grupo con una lógica que el informe no explicita pero que puede inferirse: eran jóvenes, eran cadetes, habían muerto, y sus nombres sonaban bien juntos.

—¿Por qué estos seis y no otros? —le pregunté, en sentido retórico, al documento. Los documentos no responden, que es su principal ventaja sobre los testigos vivos y su principal desventaja para el historiador.

Lo que el informe de 1851 hizo, sin proponérselo explícitamente, fue fijar un número y unos nombres. A partir de ese momento, los textos posteriores que retomaban el episodio tendían a citar ese informe, o a citar textos que citaban ese informe, y el número seis y los seis nombres fueron adquiriendo la solidez que tienen las cosas que se repiten suficientes veces: la solidez de lo que ya no necesita justificarse porque su justificación es su propia repetición.

El proceso de elaboración de los perfiles individuales fue paralelo y complementario. Cada nombre necesitaba un gesto propio, una acción que lo distinguiera del conjunto y que permitiera al lector o al estudiante recordarlo por separado. Este es uno de los requisitos básicos de la narrativa heroica: los héroes no pueden ser intercambiables. Cada uno debe tener su momento, su rasgo, su imagen particular que se fije en la memoria.

El problema, que los textos de la época resolvieron con una creatividad que admiro involuntariamente, es que la documentación disponible no siempre proporcionaba esos gestos con la claridad necesaria. Para algunos cadetes había suficiente material.

Para otros, como Fernando Cerros del Cisne, el material era tan escaso que el gesto hubo de construirse con los elementos más generales disponibles: murió defendiendo el Castillo, que es una descripción que aplicaría a cualquiera de los que estaban ahí y que por lo tanto no distingue a nadie, pero que en ausencia de algo más específico cumple la función de ocupar el espacio que el relato requiere.

Hablé sobre esto con una historiadora especialista en memoria colectiva, que me escuchó con la expresión de quien ya sabe lo que le van a decir pero encuentra útil que alguien más lo diga en voz alta.

—Lo que describes —dijo— es la normalización del vacío documental.

—¿Qué significa eso exactamente? —pregunté, aunque tenía una idea bastante clara.

—Que cuando no hay información, el relato no se detiene. Continúa con lo que hay, que generalmente es lo que se necesita que haya.

—Exactamente —dije.

—Y tú —dijo ella, con el tono cuidadoso de quien está a punto de señalar algo que el interlocutor preferiría no escuchar— ¿qué has hecho con los vacíos documentales de tu propia reconstrucción?

Consideré la pregunta durante un momento que fue considerablemente más largo de lo que habría sido conveniente en una entrevista académica.

—Los he llenado —dije finalmente— con lo que me parecía más plausible.

—Qué es exactamente lo que hicieron ellos —dijo ella.

—Con la diferencia de que yo lo admito.

—Sí —dijo ella—. Con esa diferencia.

La conversación terminó ahí, o más bien continuó en otros temas, pero esa parte de ella es la que anoté con más cuidado en mis notas y la que he revisado con más frecuencia desde entonces, no porque me haya convencido de que estaba equivocado sino porque me ha mantenido honesto sobre la distancia entre estar convencido de tener razón y tener razón, que es una distancia que los historiadores tendemos a subestimar.

La imagen de Juan Euskera con la bandera fue el elemento más tardío en consolidarse, lo cual es coherente con lo que ya he señalado sobre la ausencia de documentación contemporánea. Aparece en textos de la segunda mitad de la década de 1850 con una claridad que no tiene en los textos anteriores, lo cual sugiere que fue construida progresivamente a partir de elementos dispersos que en algún momento alcanzaron la masa crítica necesaria para convertirse en escena.

Para 1857, el relato estaba sustancialmente completo en sus elementos principales. Los seis nombres estaban fijados. Los gestos individuales estaban asignados. La secuencia general del episodio tenía una forma reconocible.

Y la interpretación del conjunto, la de seis jóvenes que eligieron quedarse y morir antes que rendirse, había desplazado a las interpretaciones alternativas con la eficiencia de los relatos que satisfacen una necesidad que las alternativas no pueden satisfacer.

Esa necesidad era real. No la invento ni la critico. Un país que ha perdido la mitad de su territorio necesita historias en las que algo fue defendido hasta el final, aunque el final no haya sido una victoria. Un país que está construyendo su identidad nacional necesita imágenes en las que esa identidad vale lo suficiente como para morir por ella.

Y un sistema educativo que debe explicarle a generaciones sucesivas quiénes son y de dónde vienen necesita episodios que tengan la claridad y la fuerza moral suficientes para sostenerse en la memoria de un niño de diez años.

El relato de los Niños Héroes cumplía todos esos requisitos. Lo seguía cumpliendo en 1857. Lo seguiría cumpliendo durante ciento setenta años más. Y yo, que he dedicado once años a examinarlo con la mayor precisión de que soy capaz, no puedo decir que esté completamente equivocado, porque un relato que ha servido a tantas generaciones durante tanto tiempo tiene una verdad propia que no depende de la exactitud de sus detalles.

Lo que sí puedo decir, y lo que este trabajo ha intentado decir desde el prólogo, es que esa verdad es distinta de la verdad histórica, y que confundirlas tiene consecuencias que van más allá del episodio de

Chapultepec. Confundirlas significa aceptar que la utilidad de un relato es suficiente justificación para su exactitud, lo cual es un principio que, aplicado consistentemente, justifica cualquier cosa que sea suficientemente útil.

Incluida, debo admitirlo, esta reconstrucción.

Lo anoto y paso al siguiente capítulo, que es el último antes del epílogo y que me lleva, por primera vez en este trabajo, a un lugar que no está en los archivos sino en el presente, o lo que era el presente cuando lo visité, que en términos históricos es prácticamente lo mismo.

CAPÍTULO 12

La estatua tiene la postura correcta

Ciudad de México, 1952 — Inauguración del monumento a los Niños Héroes

El monumento a los Niños Héroes fue inaugurado el trece de septiembre de 1952, ciento cinco años después del episodio que conmemora, lo cual es un intervalo de tiempo suficientemente largo como para garantizar que ninguno de los presentes en la inauguración había estado presente en el evento original, ventaja que simplifica considerablemente el acto de conmemoración porque elimina la posibilidad de que alguien levante la mano y señale una inexactitud.

No estuve en la inauguración, por razones cronológicas que el lector comprenderá sin necesidad de explicación. Lo que hice, y lo que me parece metodológicamente equivalente, es visitar el monumento en una mañana de septiembre de un año que no viene al caso, con mis notas bajo el brazo y la disposición del historiador que llega a un sitio no para ver lo que está sino para ver lo que representa, distinción que mis colegas encuentran sofisticada y que mi madre encontraba pretenciosa, y que probablemente es ambas cosas.

El Bosque de Chapultepec tenía esa mañana la tranquilidad de los lugares que son históricos entre semana y turísticos los fines de semana. Había algunas personas, algunos vendedores de globos en una distancia prudente del monumento, y un guardia que me miró con la expresión de quien ha aprendido a distinguir entre los visitantes que vienen a ver el monumento y los que vienen a estudiar el monumento, distinción que en su experiencia no favorece a los segundos en términos de comportamiento predecible.

El monumento es, desde el punto de vista arquitectónico, exactamente lo que debe ser un monumento: imponente, simétrico, vertical. Seis columnas altas, una por cada cadete, con las figuras correspondientes en actitudes que comunican lo que los monumentos deben comunicar: determinación, sacrificio, permanencia.

Las figuras tienen la postura correcta. Nadie está confundido. Nadie está esperando refuerzos que no van a llegar. Nadie tiene trece años y está guardando preguntas que nadie quiso responder.

Me acerqué a leer los nombres grabados en la piedra. Juan de la Barrera. Juan Escutia. Francisco Márquez. Agustín Melgar. Fernando Montes de Oca. Vicente Suárez. Los nombres reales, no los que yo he usado a lo largo de este relato, que son los nombres que las mismas personas habrían tenido si hubieran sido personajes de ficción en lugar de personas históricas, distinción que en el contexto de este trabajo se ha vuelto, debo admitirlo, considerablemente más porosa de lo que yo habría querido al principio.

—¿Está estudiando el monumento? —me preguntó el guardia, que se había acercado con la discreción de quien quiere saber sin parecer curioso.

—Estoy investigando el episodio que conmemora —dije.

—¿Y qué ha encontrado?

Era una pregunta que el guardia formuló con la amabilidad casual de quien hace conversación, sin ninguna expectativa de que la respuesta fuera a ser complicada.

—Que el monumento es más claro que el episodio —dije.

El guardia miró el monumento durante un momento.

—Pues para eso están los monumentos —dijo, con la sabiduría práctica de quien no ha leído historiografía crítica pero ha llegado a la misma conclusión por vía directa.

No supe qué responder a eso, lo cual era, en este trabajo, una experiencia que se había vuelto menos infrecuente de lo que habría sido conveniente para mi reputación académica.

Me quedé frente al monumento durante un tiempo que no anoté porque los tiempos que uno no anota son generalmente los más significativos, y pensé en lo que había encontrado en once años de archivos, testimonios, documentos con caligrafía ilegible y conversaciones con personas que sabían más de lo que decían o decían más de lo que sabían, que son las dos categorías en que divido a la mayoría de mis fuentes.

Lo que había encontrado era esto: seis jóvenes en un castillo dañado, en septiembre de 1847, en una situación que ninguno de ellos había elegido completamente, que ninguno de ellos comprendía completamente, y que ninguno de ellos habría descrito, de haber podido hacerlo en ese momento, con los términos que el monumento usa para describirla.

Habían actuado. Habían muerto, algunos en el instante y alguno después, con la distancia temporal que el relato oficial prefiere no subrayar. Y lo que habían hecho, en el momento en que lo hacían, no

tenía la forma de un gesto histórico sino la forma de lo que tiene todo lo que ocurre antes de saber que va a convertirse en historia: la forma imprecisa y fragmentaria de las cosas que simplemente ocurren.

Las columnas del monumento eran perfectamente verticales. Las figuras tenían la postura que los escultores habían decidido que debían tener, que era la postura de la determinación consciente, la postura de quien ha elegido y está seguro de su elección.

Era una postura que ninguno de los seis había tenido exactamente así en ningún momento del trece de septiembre de 1847, no porque no fueran valientes sino porque la valentía real, la que se ejerce sin saber que se está ejerciendo, no tiene esa postura. Tiene la postura de quien está haciendo lo que puede con lo que tiene en el lugar donde está, que es una postura considerablemente menos monumental pero considerablemente más verdadera.

Un niño de unos ocho años se acercó al monumento con su madre y señaló una de las figuras.

—¿Quién es ese? —preguntó.

—Un héroe —dijo la madre.

—¿Por qué es héroe?

—Porque se quedó a defender el Castillo aunque sabía que iba a perder.

El niño miró la figura durante un momento con la atención concentrada de los niños de ocho años ante las cosas que no terminan de entender.

—¿Y por qué no se fue? —preguntó.

La madre consideró la pregunta con la expresión de quien no había anticipado que la visita al monumento iba a requerir este nivel de elaboración.

—Porque era valiente —dijo.

—¿O porque no lo dejaron irse? —dijo el niño.

La madre lo miró durante un momento. Luego miró el monumento. Luego volvió a mirar al niño con la expresión de quien acaba de entender que su hijo de ocho años ha formulado, sin saberlo, la pregunta que once años de investigación histórica no han resuelto del todo.

—Vamos a ver el lago —dijo, y lo tomó de la mano.

Me quedé mirándolos alejarse con la incomodidad particular de quien acaba de ser superado en precisión histórica por un niño que todavía no sabe leer con fluidez. La pregunta del niño era exactamente la pregunta correcta, formulada con la exactitud que solo es posible cuando uno no sabe suficiente como para rodearla de precauciones académicas.

¿O porque no lo dejaron irse?

Eso es, en síntesis, lo que once años de archivos, testimonios y reconstrucciones han producido como respuesta más honesta. No que

no quisieron irse. No que eligieron quedarse con la consciencia plena que el monumento les atribuye.

Sino que el sistema dentro del cual estaban no les dio, en el momento en que habría importado, una orden clara de retirada, una ruta definida, un marco en el que la salida fuera tan reconocible como la permanencia.

Se quedaron porque el sistema que los había formado para obedecer no les dio, cuando más lo necesitaban, una instrucción para hacer otra cosa.

Eso no es menos heroico que lo que dice el monumento. Es distinto. Y la diferencia importa, no para disminuirlos sino para entender qué es lo que realmente merecen que se recuerde de ellos: no la decisión que probablemente no tomaron con la claridad que se les atribuye, sino la situación en que estuvieron, la edad que tenían, y lo que hicieron con lo que el sistema les dejó cuando dejó de funcionar.

El guardia se había alejado. Los vendedores de globos seguían en su distancia prudente. Las columnas seguían siendo perfectamente verticales, con las figuras en la postura correcta, mirando hacia una dirección que los escultores habían decidido que era la dirección adecuada para mirar cuando uno es un héroe nacional grabado en piedra.

Abrí mis notas. Anoté la pregunta del niño. Y empecé a escribir el epílogo.

EPÍLOGO

Lo que el historiador aprendió, y lo que prefirió no concluir

Archivo del historiador Enrique Cronos, fecha posterior a todo lo anterior

He terminado. O más exactamente: he llegado al punto en que continuar añadiría páginas sin añadir verdad, que es la definición más precisa que conozco del momento en que un trabajo histórico debe detenerse.

Los trabajos literarios pueden continuar indefinidamente porque la ficción no tiene obligación de concluir. Los trabajos históricos tampoco concluyen exactamente, pero tienen la ventaja de que en algún momento el archivo se acaba, las fuentes se repiten y el historiador se queda solo frente a sus notas con la sensación de que lo que tenía que decir ya lo ha dicho, aunque no esté seguro de haberlo dicho bien.

Esa es la sensación que tengo ahora.

Permítame el lector que haga, en este espacio final, lo que los epílogos exigen y los historiadores temen: un balance. No el balance cómodo de quien enumera sus hallazgos con satisfacción creciente, sino el balance honesto de quien ha pasado once años persiguiendo una verdad y ha llegado al final con algo que se parece a la verdad pero que tiene, en los bordes, una imprecisión que los once años no lograron eliminar del todo.

Lo que sé con certeza, después de todo lo anterior, es lo siguiente.

Hubo un episodio en Chapultepec el trece de septiembre de 1847. Participaron en él cadetes del Colegio Militar. Algunos de ellos murieron. El Castillo cayó. El ejército estadounidense ocupó la ciudad. Mexico perdió la guerra y, con ella, una porción de su territorio que no recuperaría.

Eso es lo que sé con certeza. Todo lo demás, incluido lo que he narrado en los doce capítulos anteriores, es reconstrucción. Plausible, argumentada, documentada en la medida en que los documentos lo permitían y elaborada más allá de esa medida cuando los documentos no alcanzaban, que fue con más frecuencia de lo que yo habría preferido admitir al principio y de lo que finalmente admití a lo largo del camino.

He aprendido varias cosas en este proceso. Las enumero no porque la enumeración sea el formato más elegante para las conclusiones, sino porque es el más honesto, y la honestidad, a estas alturas, es lo único que me queda como credencial.

He aprendido que las fuentes no dicen la verdad. Dicen lo que quien las escribió necesitaba decir en el momento en que las escribió, y eso es distinto. He aprendido que el historiador que cree que su trabajo consiste en separar lo verdadero de lo falso en las fuentes disponibles está haciendo algo más parecido a la negociación que a la arqueología.

He aprendido que la coherencia narrativa, que es el criterio que yo he aplicado con más frecuencia en este trabajo para resolver las contradicciones entre fuentes, es un criterio que produce relatos convincentes, no relatos verdaderos, y que la diferencia entre ambos es real aunque no siempre visible desde adentro del relato.

He aprendido también, y esto es lo que más me cuesta admitir, que mi reconstrucción y la reconstrucción oficial que he pasado doce capítulos cuestionando comparten más elementos de los que yo habría querido que compartieran.

Ambas eligen.

Ambas omiten.

Ambas llenan los vacíos con lo que necesitan que haya.

La diferencia es que la oficial lo hace con mayor elegancia y mayor utilidad social, y la mía lo hace con mayor consciencia de estarlo haciendo, lo cual es una ventaja epistemológica pero no necesariamente una virtud moral.

Un colega me preguntó, al enterarse de que estaba terminando este trabajo, qué había concluido.

—Que los cadetes no eligieron ser héroes en el sentido en que el monumento lo sugiere —dije.

—¿Y qué eligieron? —preguntó.

—Probablemente no eligieron nada con la claridad que implica la palabra elegir. Estaban en un sistema que los había formado para obedecer, y cuando ese sistema dejó de darles instrucciones claras, siguieron haciendo lo último que el sistema les había indicado que hicieran, que era quedarse. No porque quisieran morir. Porque no había una orden que les dijera que podían hacer otra cosa.

Mi colega me miró durante un momento con la expresión de quien está calculando si lo que acaba de escuchar es profundo o simplemente deprimente.

—¿Y eso, en qué los convierte? —dijo finalmente.

—Más humanos que lo que dice el monumento —dije.

—¿Y menos heroicos?

Consideré la pregunta durante el tiempo que merece, que es más del que generalmente se le dedica.

—No —dije—. Los hace heroicos de una manera diferente. El heroísmo del monumento es el heroísmo de quien elige el sacrificio con plena consciencia. El heroísmo que yo encontré en los archivos es el heroísmo de quien hace lo que puede con lo que tiene en una situación que el sistema que debía protegerlo no supo resolver. El segundo me parece más difícil y más verdadero. Aunque reconozco que es considerablemente más difícil de grabar en piedra.

Mi colega anotó algo en su cuaderno. No le pregunté qué. A estas alturas de mi vida académica he aprendido que hay cuadernos de colegas cuyo contenido es mejor no conocer.

La pregunta del título, la que ha organizado este trabajo desde el principio y que el lector lleva doce capítulos esperando que yo responda de una vez, merece una respuesta. Soy consciente de que hasta ahora la he rodeado con la minuciosidad de quien sabe que la respuesta directa es menos interesante que el camino hacia ella, lo cual es cierto, pero que también puede ser la estrategia de quien no está del todo seguro de la respuesta y prefiere llegar a ella rodeado de argumentos que la sostengan.

¿Eligieron serlo?

No. No en el sentido pleno que la pregunta implica. No con la libertad y la consciencia que el heroísmo consagrado requiere para justificarse. Estaban en un sistema que los había colocado ahí, que los había formado para no irse sin orden, que les había prometido refuerzos que no llegaron, que no les había dado una ruta de retirada cuando todavía había tiempo de tomarla, y que después de que todo terminó los convirtió en el símbolo que el sistema necesitaba para explicar su propio fracaso de una manera que no lo incriminara completamente.

Pero tampoco es correcto decir que no eligieron nada. Eligieron, dentro del estrecho margen que el sistema les dejaba, seguir siendo lo que habían sido formados para ser.

Juan del Muro eligió buscar la lógica hasta el final.

Agustín Mielga eligió cumplir cuando ya no había nada claro que cumplir.

Francisco Conde, de trece años, eligió hacer las preguntas que nadie quería responder y luego, cuando nadie las respondió, hacer lo que correspondía dentro de un sistema que nunca le explicó del todo qué era lo que correspondía.

Vicente Suero eligió moverse antes de que hubiera una dirección clara, que es la elección más incómoda para un sistema jerárquico y la más necesaria cuando el sistema jerárquico ha dejado de funcionar.

Juan Euskera eligió estar en el lugar donde estaba, que resultó ser el lugar donde la historia necesitaba que alguien estuviera.

Y Fernando Cerros del Cisne eligió hacer lo que pudo, que es la elección más modesta y la más honesta de todas, y la que el archivo conservó con menos detalle, que es también lo más honesto que el archivo ha hecho en todo este asunto.

Eligieron, entonces, pero no lo que el monumento dice que eligieron. Eligieron dentro de un sistema que les dejó muy poco que elegir, en una situación que no habían creado y que no comprendían del todo, con la información fragmentaria que el sistema les había proporcionado y con la edad que tenían, que en el caso de Francisco Conde era trece años, dato que llevo doce capítulos repitiendo porque es el dato que más me cuesta dejar de repetir.

Lo que el sistema eligió por ellos fue más determinante que lo que ellos eligieron por sí mismos. Y eso es lo que la narrativa oficial no dice, porque la narrativa oficial necesita que los héroes sean responsables de su heroísmo, que lo hayan elegido con libertad y consciencia, porque si no lo eligieron entonces la pregunta que sigue es quién sí eligió, y esa pregunta lleva a lugares que los sistemas prefieren no visitar.

Termino aquí, con la satisfacción imperfecta de quien ha hecho lo que podía con lo que tenía, en el tiempo que tenía, con las fuentes que encontró y con la honestidad que logró mantener, que fue bastante pero no absoluta, que es la única forma de honestidad disponible en este oficio.

Los seis cadetes del Colegio Militar de Chapultepec murieron en septiembre de 1847. Lo que los rodeó antes de morir fue más confuso, más humano y más revelador de cómo funcionan los sistemas en sus momentos de falla que lo que el monumento sugiere. Merecen ser recordados. Merecen, incluso, ser llamados héroes.

Pero merecen también, y esto es lo que este trabajo ha intentado ser desde la primera página, ser recordados como lo que fueron: jóvenes en

una situación que no eligieron del todo, que hicieron lo que pudieron con lo que tenían, y que llevan ciento setenta años sin poder desmentir lo que otros dijeron que habían hecho.

Eso último no es culpa de ellos. Es, como casi todo lo que he encontrado en este trabajo, una consecuencia del sistema.

Lo que puedo afirmar con certeza es que ocurrió algo. El resto es historia.

Y la historia, como he intentado mostrar en estas páginas, no es exactamente lo que pasó. Es lo que sobrevivió de lo que pasó, filtrado por lo que necesitábamos que hubiera pasado, narrado por quien tenía acceso a los archivos y la disposición de leerlos con la atención suficiente para ver tanto lo que dicen como lo que callan.

Por eso escribí este libro.

O al menos eso es lo que me digo.

Enrique Cronos

Historiador

Archivo personal, gaveta número tres, carpeta sin clasificar

Fecha: la que el lector prefiera

—FIN